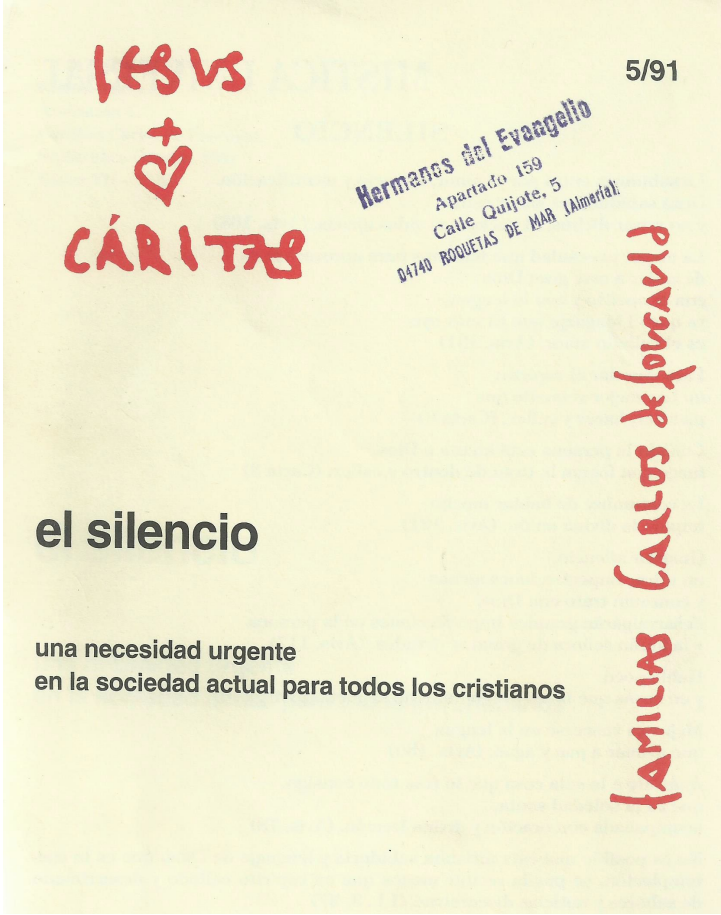
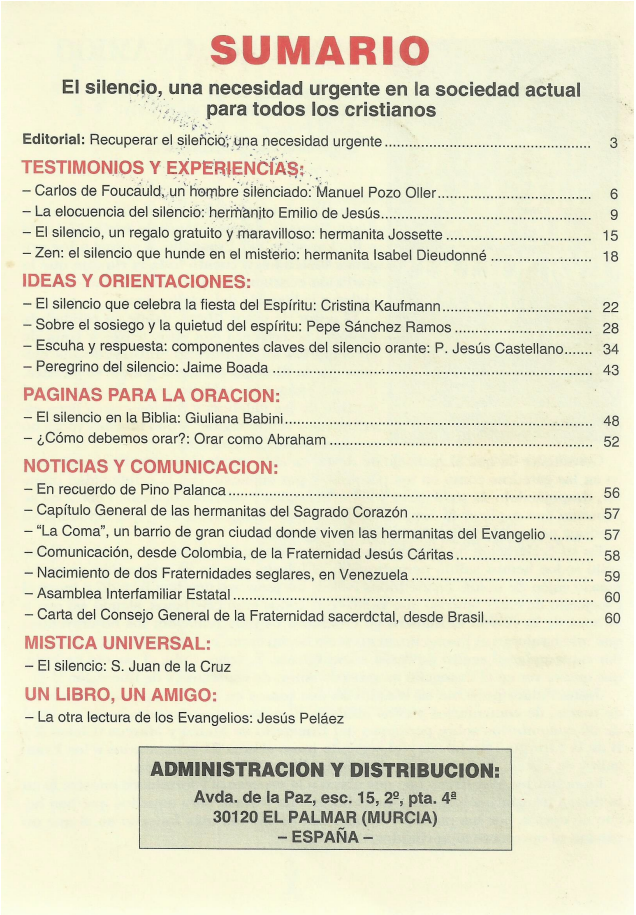
Portada.

El silencio.

Silencio.

Índice





SUMARIO

El silencio, una necesidad urgente en la sociedad actual para todos los cristianos

Editorial: Recuperar el silencio, una necesidad urgente 3

TESTIMONIOS Y EXPERIENCIAS:

– Carlos de Foucauld, un hombre silenciado: Manuel Pozo Oller 6
– La elocuencia del silencio: hermanito Emilio de Jesús 9
– El silencio, un regalo gratuito y maravilloso: hermanita Jossette 15
– Zen: el silencio que hunde en el misterio: hermanita Isabel Dieudonné 18

IDEAS Y ORIENTACIONES:

– El silencio que celebra la fiesta del Espíritu: Cristina Kaufmann 22
– Sobre el sosiego y la quietud del espíritu: Pepe Sánchez Ramos 28
– Escuha y respuesta: componentes claves del silencio orante: P. Jesús Castellano 34
– Peregrino del silencio: Jaime Boada 43

PAGINAS PARA LA ORACION:

– El silencio en la Biblia: Giuliana Babini 48
– ¿Cómo debemos orar?: Orar como Abraham 52

NOTICIAS Y COMUNICACION:

– En recuerdo de Pino Palanca 56
– Capítulo General de las hermanitas del Sagrado Corazón 57
– "La Coma", un barrio de gran ciudad donde viven las hermanitas del Evangelio 57
– Comunicación, desde Colombia, de la Fraternidad Jesús Cáritas 58
– Nacimiento de dos Fraternidades seglares, en Venezuela 59
– Asamblea Interfamiliar Estatal 60
– Carta del Consejo General de la Fraternidad sacerdotal, desde Brasil 60

MISTICA UNIVERSAL:

– El silencio: S. Juan de la Cruz

UN LIBRO, UN AMIGO:

– La otra lectura de los Evangelios: Jesús Peláez

ADMINISTRACION Y DISTRIBUCION:
Avda. de la Paz, esc. 15, 2º, pta. 4ª
30120 EL PALMAR (MURCIA)
– ESPAÑA –

MISTICA UNIVERSAL

SILENCIO

La sabiduría entra por el amor, silencio y mortificación.
Gran sabiduría es saber callar
y no mirar dichos, ni hechos, ni vidas ajenas. (Avis. 108)

La mayor necesidad que tenemos para aprovechar es
de callar a este gran Dios
con el apetito y con la lengua,
ya que el lenguaje que Él más oye
es el callado amor. (Avis. 131)

Para guardar el espíritu
no hay mejor remedio que
padecer, hacer y callar. (Carta 8)

Cuando la persona está atenta a Dios,
luego con fuerza la tiran de dentro a callar. (Carta 8)

La costumbre de hablar mucho
impide la divina unión. (Avis. 121)

Guardar silencio,
no mirar imperfecciones ajenas
y continuo trato con Dios,
desarraigarán grandes imperfecciones en la persona
y la harán señora de grandes virtudes. (Avis. 117)

Hable poco
y en cosas que no es preguntado no se meta. (Avis. 140)

Mejor es vencerse en la lengua
que ayunar a pan y agua. (Avis. 180)

Apártate a la sola cosa que lo trae todo consigo,
que es la soledad santa,
acompañada con oración y divina lección. (Avis. 78)

No es posible que esta altísima sabiduría y lenguaje de Dios, que es la contemplación, se pueda recibir menos que en espíritu callado y desarrimado de sabores y noticias discursivas. (LL. 3, 37)

S. Juan de la Cruz

"IESUS CÁRITAS"
Boletín bimestral
Asociación C.
Familias Carlos de Foucauld
Septiembre-Octubre 1991
Epoca VII - Nº 83

el silencio

una necesidad urgente en la sociedad actual para todos los cristianos

INDICE

Contenido

Portada. 1
El silencio. 1
Silencio. 1
Índice. 1
INDICE 3
Silencio. 6
EDITORIAL 6
Recuperar el silencio, una necesidad urgente. 6
Testimonio y experiencias. 8
Silencio. 9
Hno Carlos. 9
M Pozo Oller. 9
Carlos de Foucauld, un hombre silenciado 9
La elocuencia del silencio. 11
Silencio. 11
E de Jesús. 11
La elocuencia del silencio. 11
El silencio, un regalo gratuito. 14
Silencio. 14
Hta.Josette. 14
El silencio, un regalo gratuito y maravilloso: 14
Silencio. 16
Hta.Isabel Dieudonné 16
. Zen: el silencio, que hunde en el misterio 16
Ideas y orientaciones 19
El silencio, la fiesta del Espíritu. 20

Silencio. 20
Cristina KAUFMANN. 20
La quietud del Espíritu. 24
Silencio. 24
P Sánchez Ramos. 24
El silencio orante 27
Silencio. 27
J CASTELLANO. 27
Peregrino del silencio. 33
Silencio. 33
J BOADA. 33
Paginas para la oración. 36
El silencio en la Biblia. 37
Silencio. 37
G BABINI. 37
¿Cómo debemos orar? 39
Oración. 39
Noticias 41
y Comunicación. 41
NOTICIAS DE FAMILIA. 42

Editorial.

Vivimos en una sociedad muy ruidosa...

.

EDITORIAL

Recuperar el silencio, una necesidad urgente.

Vivimos en una sociedad muy ruidosa. Padecemos una saturación de ruidos. Ruidos externos y ruidos interiores. Ruidos ambientales y ruidos mentales. Apetencias desenfrenadas o extraños modelos de identificación.

Hoy ruidos evidentes, claros. Y hay ruidos sutiles, como es la súper actividad en que nos hemos metido sobre exceso de ideas y de organigramas o el cúmulo de cantos, palabras y contenidos en nuestras reuniones litúrgicas el martilleo con tópicos ideológicos…

Son ruidos que nos fatigan hasta agotarnos. Ruidos que desequilibran nuestro sistema nervioso. Ruidos que nos dificultan el conocimiento propio. Ruidos que impiden el reposo de espíritu para el encuentro amoroso con Dios. Ruidos que no facilitan una relación profunda con los demás.

Gracias a Dios estamos cayendo en cuenta de estos ruidos y se buscan, desde hace años, caminos de silenciamiento. Existe en nuestra sociedad como una Comunidad universal de personas silenciadas, de comunidades y grupos que peregrinan por el camino del silencio, de experiencias que apoyan y estimulan la búsqueda del silencio que hay en todo ser humano. Esta es una realidad creciente que le llena de esperanza.

.. Estos caminos hacia el silenciamiento no están exentos de ambigüedades, como ocurre en toda experiencia humana. Son caminos cortos o parciales hacia el silencio.

Podemos quedarnos solo en un silenciamiento de nuestra realidad corporal de nuestro sistema nervioso, sin otros horizontes. Es el nivel que proporciona un gimnasio o una sesión de masaje o una relajación. Podemos, incluso, pasar desde ahí a un silencio mental en el que vayamos dominando la locura de los pensamientos o de los deseos. Es el nivel que nos proporcionan determinados tipos de prácticas meditativas. Es un nivel más completo. Y en un paso más, podemos llegar a un silencio religioso. (p.3)

Sería un mejor nivel, en sí mismo, aunque desajustado si caemos en el riesgo de la auto-deificación, de creer que es por ese silenciamiento que realizamos para el que nosotros mismos podemos llegar a la plena evolución de nuestro ser.

El silencio al que aquí invitamos es el silencio teologal. Este silencio que exige nuestra larga y fiel colaboración, a través de los silencios anteriores, pero que es en sí el regalo que nos hace el que nos habita en eterno silencio de amor, el que nos ha dado su Palabra, en un silencio insondable y solo en el silencio del corazón humilde, puede ser acogido. Él es la Palabra Silenciosa que hace evolucionar al hombre hasta la plenitud del Rostro Original.

Este silencio solo se hace en quien está abierto, desde el amor, a Aquel del que únicamente puede venirnos a la plena maduración, a Aquel que puede realizar, desde las raíces, la total curación del hombre, haciendo de él el ser armónico y pleno que anhelamos.

Este silencio teologal es la plenitud del camino de silenciamiento que buscamos. Hacia él apuntamos. Más, para que ese silencio se dé, hemos de llegar hasta el fondo de nosotros. “Hay en el hondo de nuestro mismo ser como una

capa freática, como un sustrato fascinante de silencio. Un espacio cuya acústica es la única que nos permite la escucha de ciertos balbuceos y gemidos de nuestra historia particular, una soledad donde buscar y descubrir nuestra propia identidad. Y, sobre todo, donde afrontar la apasionante aventura de nuestro diálogo con Dios" y de nuestro encuentro, en la verdad, con los hermanos. A esa hondura estamos llamados para ser personas plenas y verdaderamente silenciadas.

Es urgente recuperar el silencio. Porque nuestra transformación y la de los demás dependen del silencio. La contemplación es hija del silencio. La verdadera actividad es hija del silencio. Y la vida fraternal solo puede nacer del silencio. La buena relación con la naturaleza solo brota del silencio por el que somos capaces de percibir su latido universal. Y el compromiso por una sociedad distinta y una verdadera paz, se hace fuerte y dura cuando percibimos la injusticia y la insolidaridad y la mentira hecha verdad oficial, desde una honda actitud de silencio.

Y para lograrlo harán falta, en determinados momentos, experiencias fuertes de soledad y de silencio, de intensa oración, de vida cotidiana Vivida en marco especial. Pero ha de ser realizado en nuestra vida diaria, en nuestro trabajo, en medio de nuestros descansos, en la casa, con los amigos y vecinos, en la ciudad donde habitamos. Ese es el Monasterio donde Jesús fue una persona silenciada, y en el que nosotros lo hemos de ser.

Al comenzar el nuevo curso, os invitamos a programar y echarlos a andar desde el silencio.

Testimonio y experiencias.

Silencio.

Hno Carlos.

M Pozo Oller.

Carlos de Foucauld, un hombre silenciado

René Voillaume, en el prefacio al libro de J. F. Six, **Carlos de Foucauld Itinerario Espiritual,** Barcelona 1978, expresa su admiración ante el silencio fecundo de Carlos de Foucauld con las siguientes palabras: "Nos hallamos como sorprendidos de haber sido llevado tan lejos por un hombre que no nos había enseñado ninguna doctrina espiritual nueva, ni nos llegó obra especial alguna que cumplir, fuera de adorar la santa eucaristía y tomar el evangelio en serio, en nuestra vida cotidiana. Ahora bien, precisamente este silencio de palabras y esa extremosidad de los hechos colman la expectación de tantos hombres cansados de discursos y desorientados por la multiplicidad de obra que se les proponen. El hermano Carlos es para cada uno de nosotros, sea cual fuera nuestro estado de vida un testigo que no nos deja en paz y nos empuja sin cesar a tomar en serio las exigencias del evangelio…"

.. Después de su conversión y de largas etapas de búsqueda sincera de la voluntad de Dios, fija sus ojos en el misterio de Nazaret y se siente poderosamente atraído por ese periodo de silencio que abarca una treintena de años. Él quiere ocultarse, como Jesús, que llevó una insistencia de condición oscura. Quiere también ocultarse, no solo como Jesús, sino con Jesús, perderse en Él, vivir en total intimidad, de solo a solo con Él. En carta a madame de Bondy recogerá estos sentimientos cuando dice: "Unión en todos los instantes en la oración, la lectura, el trabajo, en todo con nuestro Señor" (7 de abril de 1890).

En carta anterior a la misma destinataria que la anteriormente citada, el hermano Carlos apasionadamente escribe: "Deseo enterarme en nuestro Señor" (20 de septiembre de 1889). No es un azar que evoqué con frecuencia en sus escritos la vida de los solitarios que ayunaron toda su vida "a los pies de Jesús" junto a las alusiones neo testamentarias de la Carta a los Romanos: "¿O es que ignoráis cuando fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Porque si nos hemos hecho una misma cosa con él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante. Sabiendo que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, y que la muerte ya no tienes señorío sobre Él" (Rom 6, 3.5.9).

Quizás estas citas traídas a colación para ilustrar el itinerario de silenciamiento de Carlos de Foucauld, serían frases más o menos bien elaboradas en la tranquilidad del desierto si (p. 6) no subieran sellado con sangre del martirio el 1 de diciembre de 1916. Muere solo a manos de un adolescente asustadizo. La muerte de Carlos de Foucauld ha sido como su vida, el colofón de la muerte de todos los días, sin nada de extraordinario, El enterramiento silencioso del grano de trigo que cae en tierra. Su muerte pasó totalmente desaparecida. Sus amigos tuareg quedan indiferentes si exceptuamos a Moussa Ag Amastane y algunos pocos más.

En su país natal nadie habla de este acontecimiento, que viene a ser uno más en el periodo de guerra que vive en Francia. Y es curioso constatar que De Foucauld había vivido, a partir de su conversión, 30 años de brusquedad y vida oculta. Igual periodo de tiempo que Jesucristo en su vida oculta. ¿No sería este un primer signo de fecundidad? El mismo día de su muerte escribió a su prima: "Nuestro anonadamiento es el más poderoso medio que tenemos para unirnos con Jesús y hacer bien a las almas". Enterrado el grano de trigo comienza "la hora de Dios", que siempre es fecunda.

El silencio contemplativo de Carlos de Foucauld y sus enseñanzas para el cristiano de nuestros días.

…Menester es aclarar que silencio, o mejor silenciamiento, no es solo ausencia de palabras ni supone algo negativo. Tampoco es un estado de olvido, de vacío, de nada como predican diversas corrientes actuales como el ateísmo moderno decadente. Al contrario, se distingue el silencio por su carácter positivo: es condición indispensable para escuchar a Dios y para acoger su comunicación. Diríamos que el silencio es la atmósfera vital de la oración y condición necesaria para el encuentro con Dios. La misma vida de Dios está rodeada de silencio, como nos dice el místico San Juan de la Cruz: "Una palabra habló el Padre que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio" (Max. 21). El Santo Padre Gregorio Nacianceno recuerda: "El desierto silencioso como fuente de progreso hacia Dios, de vida divina", e invita a la alabanza divina que dice: "es hija del silencio"

…No sería aventurado decir que el problema de secularismo que nos rodea, reduciendo mucho el problema, bien lo sé, es un asunto de ruido, de perdida de orientación humana cuando no se encuentran respuestas a los para que más existenciales. Ruido y prisa, un binomio que ataca a muerte toda la vida espiritual.

Hemos de recuperar esos espacios de libertad que son los "silencios sonoros" en una doble vertiente. En primer lugar, el silencio externo de palabra y acción y, enseguida, en segundo lugar, el silencio interno que nos ayuda a la plena posesión de las facultades interiores. Ambos se complementan y sirven para que toda la persona alma y cuerpo entre en relación con Dios. (p. 7). El silencio externo, en el fondo, no es más que una condición ambiental para el silencio interior. Al silencio interior se le llama muy acertadamente silencio del corazón o silencio del amor vigilante.

Una consecuencia de la vida oculta y silenciada de Carlos de Foucauld es procurar silencio a nuestro alrededor. Vivir los silencios litúrgicos casi nunca respetados por el afán de "hacer cosas que intervengan gentes y distraer a los presentes"; procurar de nuestros retiros y encuentros el suficientes clima de silencio exterior e interior que no se lleve al diálogo amoroso con aquel que se le encuentra en el silencio, silencio en la comunicación humana como respeto profundo a la vida y la historia de quien se nos comunica; toma de conciencia de que todo "vedetismo" espiritual nos arroja en brazos del stress y la ansiedad que nacen del vacío de una vida que con frecuencia solo es fachada y "feria de vanidades"...

El silencio no sitúa a un paso de la contemplación.

Recuerdo vivamente que el místico Tomás Merton escribía en su gran obra: **Nuevo semillas de contemplación,** cosas muy hermosas sobre el silencio y la soledad. "Si se va al desierto sólo para huir de la gente que no le gusta uno, no se aliara ni paz ni soledad, sólo se aislará uno con una tribu de demonios". ¡Que verdad más cierta!

Carlos de Foucauld fue un ejemplo señero de viva contemplación. Preocupado por todo y por todos, su casa y sus cosas siempre disponibles, no huyó al desierto en busca de aislamiento, sino que optó por el silencio como forma de solidaridad. Su oración fueron las situaciones y las personas que le rodeaban de tal manera que es aplicable el pequeño poema de Pedro Casaldáliga que recuerdo de memoria: "Al llegar al cielo nos preguntarán: ¿Has amado? Y yo como respuesta abriré mi corazón lleno de nombres".

Manuel Pozo Oller.

La elocuencia del silencio.

Emilio de Jesús vive en la ermita de San Bartolomé, en el campo de Mirra, en Alicante. Recogemos una de sus "Cartas a los míos", en la que nos cuenta su experiencia de soledad y silencio. Una rica experiencia que comparte con quienes le escriben o lo visitan.

Dicen que vivo solo, demasiado solo. ¡Que desconocimiento de mi realidad más grande! No es cierto. Vivo en plena soledad, pero no estoy solo prácticamente nunca, y me explico. Viene mucha gente a la ermita, amigos, conocidos, vecinos, y otros que no he conocido nunca, pero que se suelen convertir en amigos muchas veces de manera inmediata y más o menos definitiva. La ermita, el lugar donde vivo, es un sitio apto para eso, eminentemente apto, contra todo lo que pudiera parecer. No es pues una soledad material. Lo equilibrado de este lugar es que la gente viene y comparte, vive unos días, unas horas, un tiempo determinado, el quehacer diario del ermitaño y la ermita. Siempre sin plazo fijo de abandono de ella, bien al contrario. El problema de por ahí, de por el mundo, es la falta absoluta de amor, de comunicación, de poder hablar y expresarse con libertad y comprensión. Aquí, el problema es todo lo contrario, una cierta abundancia de amor, de paz, de comunicaciones a veces graves, importantes trascendentes, de necesidad destellar, de decirlo y hasta ya abocarlo todo, de hacer un borrón y cuenta nueva, de ser escuchado, admitido y comprendido hasta donde nuestras facultades humanas espirituales nos permiten. La comunicación con el amigo o recién llegado suele ser plena, dinámica, rápida Y bastante satisfactoria por lo general.

Es una bella y auténtica manera de hacer amistad, amistad sincera, pues no en balde ese es nuestro lema que escogimos como tarea, ideal y compromiso a esparcir por todo el mundo y en medio de la iglesia: la amistad, somos los hermanitos de, por y para la amistad, pertenecientes a las fraternidades de la amistad, que quieren y aspiran a vivir la amistad, la amistad universal con hermanitos y hermanitas universales de la amistad, hacia una fraternidad también universal… Pero no es el contacto y la proximidad física lo que hace que no me encuentro solo nunca, nunca, nunca. Es otra cosa muy distinta, de orígenes profundos y diáfanos a la vez, capaces de renovar la pesadez de nuestros (p. 9) anquilosados conceptos y nuestras prevenciones y prejuicios religiosos. No se pueden llevar esta vida de solitario si se está vacío, si se teme a la soledad. No es vida para neuróticos y fugitivos, para ningún escapismo. El batacazo, el fracaso más rotundo, el hundimiento patológico amenazan de inmediato a quienes quisieran venir a esconder quién sabe qué cosas en este modo de vivir.

Se trata de un saber y un querer amar la vida y hacer de ella la máxima diversión, el mayor atractivo, la más feliz actividad, vivir la plenitud de las cosas pequeñas, también las grandes, y de gozar de cada día de la monotonía y la rutina repletas de transcendencia y de gozo. Y todo ello con, por y para Dios y todos los hombres.

Porque la gente así, dice, trabaja y se ocupa en tantas cosas, no conoce a Dios, no lo encontrará jamás. Por qué dejamos todo eso y mucho más creemos haber encontrado a Dios, y Él llena toda nuestra pobre vida. Es necesario, se impone una permuta humana, intelectual, religiosa, social, laboral, sentimental, para encontrar este río de agua

viva que emana efectivamente de lo más hondo de nuestro interior. Y si hay agua, hay vida. Todo crece, se desarrolla y germina, a veces insospechadamente hasta límites y vivencias que nuestro pobre ser humano jamás hubiera creído posible alcanzar. Sin mistificaciones, angelismos, esoterismos ni gaitas posibles, sino un corazón abierto a sentimiento abierto, a trabajo abierto, a realidad abierta. Permanentemente, de día y de noche, tanto si se ora o comparte, como si se duerme, porque dormir se convierte así también en una acción, en una actitud de servicio y de entrega

El aislamiento positivo.

Nosotros llamamos fraternidades a nuestros lugares donde vivimos. Pero ¿cómo puede llamarse "fraternidad" a un lugar, una ermita, donde solo vive una persona, el ermitaño? ¿Es solamente poético, bello, ilusorio, simbólico, pretencioso? No. Es todo eso y mucho más, pero necesita su explicación.

La idea o ideal de la fraternidad es un proyecto universal y real. No se base en entelequias, sino realidades. Ya existe, ya insistía, aunque numéricamente sea una realidad exigua, mínima, Somos millones, muchos millones en todo el mundo, tanto de un origen como de otro. Bastará con captarlo que es su mística, su sentido profundo, su proyección sobre la persona y sobre la comunidad para comprender y pertenecer a ella.

Una ermita no es una isla nuestra vida, tampoco una ermita es un lugar de encuentro, de comunicación, de videncia plena de muchas cosas que escasean o simplemente no funcionan en el mundo. No seáis la uno para no ser, si no para ser, para encontrarse a sí mismo, a los demás hombres y a Dios. No es un lugar vacío si no ricamente pleno (p.10). El silencio es un gran compañero. Fiel donde le haya. Cuanto más perfecto más impactante, más pleno, más fecundo más estimulante. Todo se oye y se escucha en el silencio, todo se entiende. Los más grandes y numerosos diálogos sobrevienen en el silencio. Junto a su amiga gemela la soledad. Hay gritos que solo se emiten y se entienden en el silencio, en la soledad. Verde, desnuda, realidad inmanente, materialidad inmaterial inmaterialidad materializada, tú me lo das, oh, silencio, oh, soledad sin tasas y sin reciprocidades

En la civilización esa muchas veces no encuentro a quienes busco, a quienes amo, y me siento solo, perdido, defraudado, triste. Aquí, en cambio, estáis todos, no falta nadie, no olvido a nadie, nadie es postergado, imagínate no amado. Nadie. Estáis conmigo en el altar de mi corazón donde yo os he colocado, ¡sois todos importantes para mí!, ¡os admiro tanto porque os quiero tanto! Os encuentro cada mañana donde os dejo mi amor y mi recuerdo de vosotros cada noche anterior, al irme a descansar. Coméis conmigo cada día, cenáis, charlamos, tomamos té, damos una vuelta, lloramos y reímos juntos, y, sobre todo, os llevo, vais conmigo, a la hora de conectar y hablar/pedir a Dios sobre todo cuánto necesitamos urgentemente o no.

Mientras tanto, mientras no estáis físicamente aquí, una legión de hermanitos y hermanitas viven permanente aquí conmigo. Sí. De seres inanimados/animados que pueblan el que hacer de mi existencia diaria.

En estos instantes bulle al fuego la hermanita cacerola cociendo unos garbanzos con acelgas silvestres y habichuelas tiernas de hace ocho días. Esto, sin la colaboración del hermanito butano no sería posible, o no tan fácil y cómodo. La hermanita "tita", la gata, maúlla porque quiere entrar a su casa, su fraternidad, mientras el hermanito "camper", el gato, duerme como un tronco en su querida silla del oratorio, quién sabe si meditando profundas consideraciones… El hermanito fuego volvió hace unos días de su ausencia de todo el verano. Siempre he amado el fuego, pero a medida que me hago mayor lo amo y lo mimo más, nos llevamos muy bien últimamente él y yo. Porque la hermanita humedad se empeña en enfriarnos y humedecernos la casa, es su manera indirecta de mortificarnos a todos.

Ahora que es tiempo.

…¡Y qué decir de la hermanita máquina de Jesús de escribir! ¡Y de la hermanita estufa en lo más crudo del invierno! El hermanito sol de Jesús y de Dios es nuestro prior general: Sin él, apenas sabemos, no podemos hacer nada. En cambio, la hermanita luna llena del sagrado corazón suele ser muy oportuna y siempre muy bienvenida, tanto en

invierno como en verano, tan bella, tan femenina, tan cálida en su aparente frialdad y lejanía. (p.11).

Los hermanitos iconos llenan cada día la ermita. A veces, lloro por dentro cuando lo vendo: me encariñó con ellos, los quiero, quisiera quedármelos, para mí, para siempre… Pero se van, y yo los añoro, aunque sé que en su destino me recordarán y tal vez puedan hacer compañía espiritual, y quién sabe si también mía, a sus poseedores. A ellos les encargo que sean fundadores de otras tantas fraternidades, pues lo son por naturaleza.

Una hermanita siempre grata y acogedora en su infinita caridad es la hermanita cama. Ellas me hace dormir, soñar, leer, descansar, pensar, orar, amar en la distancia y hasta llorar, a veces, cuando recuerdo tantas cosas que amo y que quisiera ver ya resueltas y felices. El hermanito descanso es el que más se ausenta de casa. Por lo visto tiene mucho trabajo pastoral en otros sitios. . Viene poco a la ermita. Lo echo bastante de menos, a veces. Pero no me quejo. Lo acepto tal y como viene siempre. Lo quisiera más en fraternidad, pero es algo terco en volver, aunque siempre noble.

La hermanita mesa la hermanita habitación, las hermanitas sillas, los hermanitos libros, el hermanito armario, el hermanito torreón que siempre peca un poco de altivo, de solitario, la hermanita campana de Jesús y de los hombres… En fin, una legión mixta enorme y siempre bien avenida. Luego está el orden jerárquico, no siempre usando de toda la caridad que nos hemos propuesto, aunque con gran tendencia a ella el hermanito brillo que rigen la vida de la disfruten y dad. El hermanito chico nuevo, que siempre onda con sus buenos apuros, preocupaciones un poco de altivo, de solitario, la hermanita compañía de Jesús y de los hombres… En fin, una legión mixta enorme y siempre bien avenida.

Luego está el orden jerárquico, no siempre usando de toda la calidad que nos hemos propuesto, aunque con gran tendencia a ella. El hermanito prior que rige la vida de fraternidad. El hermanito ecónomo, que siempre anda con sus buenos apuros, preocupado. Y el hermanito cocinero, inventando siempre, improvisando qué cosa comerá la comunidad cada día. El hermanito portero, que atiende con presteza y cariño a todos cuantos llaman a la puerta de la ermita, haciendo siempre lo mejor que siente y puede. El hermanito que hace las veces de psicólogo - psiquiatra. El hermanito que hace las veces de maestro. El hermanito que hace las veces de cura. El hermanito que ora. E hermanito que contesta a las cartas. El que lava la ropa. El que barre la ermita… Y un largo etc. Yo no soy más que quien condiciona todo eso, el buen orden de la fraternidad la buena marcha, no siempre con acierto, pero siempre, sí, con buena voluntad, empeño y decisión.

Ya veis, pues, como no estoy solo, no puedo estarlo, no quiero estarlo. Necesito el amor de mis hermanos, el de Dios, para amar, amarme a mí mismo, a ellos, a Él y a todas sus criaturas y creaciones. Sin amor no sé vivir.

Ya veis qué ocupada tengo la vida. Ya veis que suerte he tenido al darme este estilo de vida. La gente pensaba, piensa que moría, que muero., que es demasiado duro, pero yo me hallo en el centro de una felicidad indescriptible e inabastable. Ironía de la vida… y de Dios. (p.12).

En torno a la luz.

La ermita es para mí todo mundo que ha satisfecho y satisface todas mis aspiraciones. Nada hay fuera de ella que me apetezca o atraiga la atención, que dé cumplimiento cabal a mis deseos. En ella soy, me siento, me noto, me sufro me escucho, me aguardo, me realizo, me crezco, me repongo, avanzo, intento transformarme, elevarme.

La ermita es mi laboratorio, lugar de cambio, de investigación de mis interiores y necesidades humano-espirituales. De metamorfosis. De experimentación. De vivisección. De análisis de mí yo, de mi mundo, del mundo de los demás y especialmente de Dios. Lugar de espera y de esperanza, de confianza en que cada día que pasa es como una molécula que se transforma, busca y hasta se fusiona con otra, formando núcleo. Un tiempo sin tiempo, un reloj sin saetas, una detención dinámica del tiempo en el espacio de mi alma, de mi espíritu y de mi vida.

La ermita es mi lugar de trabajo callado, anónimo, fecundo, pleno: Donde no se es esclavo del horario sino avaro de todos sus horarios. Necesito días de cuarenta y ocho horas, y aún no me bastarían. Tan ingente y urgente es la tarea de hacer, a llegar a cabo. Un trabajo para

la eternidad que busca, que busca realizar el reino de los cielos ya aquí abajo, como está escrito. Un trabajo convertible en la unidad espiritual, de paz, de alegría, de ansias rara vez calmadas, tengo su profundo y de cansancios con sentido de plenitud de tarea hecha.

Sentirse adulto, inicialmente mayor, en estas condiciones es una gozada. Un poco de música de órgano, suave, un poco de gregoriano u otras mil melodías a propósito; oler el suave perfume del incienso con que marco los días de fiesta, y son muchos, pues conozco a muchísima gente ya allá en las alturas, absorber, más que ver oír el silencio perfecto, absoluto, abrazarse a la soledad, especialmente de noche en las horas en que lo profundo de la noche avanza; sentirse solo, completamente pendiente de la protección de Dios y mil otras cosas pequeñas y difícilmente descriptible crean por sí misma su prima que es más ya del otro mundo que de este. Una gracia, un don.

La ermita es el gran salón donde se cultiva y se vive la amistad. Ciudad de la amistad. Ciudad de los hombres. Ciudad de Dios. País de los sin amor, sin comprensión, sin aceptación. Puerto de náufragos. Roca para unos cuantos desvalidos. Concesionario sin rejas ni rejillas. Solo abierto. Noche plena. Comedor de ágapes fraternos. Mesa de coloquios. Paño de lágrimas. Firme de risas.

La ermita es la eternidad detenida, el cielo aprendido, escándalo para ignorantes y necios, bálsamo para heridos Ir vagabundos. La ermita es.

Emilio de Jesús. - Fraternidad de la amistad. (p. 14).

El silencio, un regalo gratuito.

Silencio.

Hta.Josette.

El silencio, un regalo gratuito y maravilloso:

Jossette, hermanita del Sagrado Corazón, pasó un tiempo en el Assekrem, cerca de la ermita del hermano Carlos, en el Hogar. Su reflexión sobre el silencio, durante ese tiempo, nos ayuda a comprender la respuesta a una cuestión fundamental: ¿Cómo hacer silencio en medio de la ciudad?

Las últimas semanas antes de marcharme de París, la acumulación de mensajes visuales que quieren imponerse me chocaron en toda la aceptación de la palabra. La violencia de ciertos carteles de cine, el poner a la vista carteles de “beneficencia”, carteles pre electorales donde el Señor X se superpone al Señor Z que se va suplantado por la Señora Tal,… etc. Esto recuerda ciertos intercambios en la televisión donde el diálogo y la confrontación se ven rápidamente ahogados por frases que aplastan al adversario sin tomar el tiempo de escucharlo, donde se niega sin ni siquiera intentar comprender un físico verificar, donde se insulta, en fin, sin consideración.

¿Cómo vivir inmerso en la ciudad sin dejarse agredir, invadir, por la multiplicidad de las cosas?

Silencio de la “escucha”.

..Esto alcanza el silencio de la “escucha”, y yo veo ahí diferentes aspectos. En primer lugar. Siento cada vez más que para la verdad de mi vida lo que digo o deseo en la actitud de tener con los demás debe englobar a todos los demás, todas las personas con las cuales camino, ya sean ocasión finalmente o compartiendo su vida sin olvidar mis propias hermanas.

Me parece que el silencio de la “escucha” supone silencio, silencio de palabras para “escuchar” al otro, pero también silencio de ideas, de

juicios, de “a priori” para “comprender” al otro, para acogerlo en mí, para dejarme enriquecer o transformar, o simplemente para dejarme desarmar en mis certezas demasiado estrechas, sin contradecirme pero abriendo la puerta, avanzando no por exclusión, sino por integración de la parte de verdad que confirma o relativiza la mía.

Silencio de la “escucha”, que es también respecto del otro, que permite al otro ser y expresarse.

Silencio al que permite al otro crecer. Una frase ha sido dicha y repetida y tiene ciertamente su valor: “Ser la voz de los que no tienen luz. Este es para mí el primer paso. El segundo ¿no podría ser permitir al que no tiene voz” (p.15) descubrir que él también tiene cosas que decir y encontrar alguien dispuesto a escucharle? (esto vale para los individuos y también para los pueblos).

A menudo tuve esta experiencia, en Bamako, con una joven que, según se decía, era un poco simple. A veces, cuando me mendigaba y yo estaba muy ocupada, la acogía “sin perder el tiempo”, después gritaba algo; así me quedaba en paz o por lo menos es lo que pensaba. De hecho, no era más que una forma muy caritativa de quitarmela de encima.

Las veces que tome el tiempo de acogerla, de escucharla, me sorprendió descubrir que ella también tenías cosas por decir, que tenía sus alegrías, sus preocupaciones, su “vida” y que expresándolas era alguien. Mi calabaza de arroz ya no era siempre necesaria, y yo recibía una palabra o un gesto de humanidad.

Silencio de la oración.

Silencio de la oración, no por encima de los otros, sino inextricablemente mezclada a las otras formas de oración, porque pienso que la oración es la vida reunida delante de Dios. Y allí, tan a menudo, en vez de silencio deseado, esperado, buscado, se reúne mi quincallería, y se agita e impone; sin embargo, lo deseo este silencio, lo busco por numerosos caminos y descubro que solo podrá venir y darme paz si estoy en disposición de abrir las manos.

Runrún de mi juicio sobre mí misma y sobre los demás, de mis preocupaciones y mis proyectos, de mis deseos crispados que viven la lucha de Jacob y no aceptan de hacer confianza.

Silencio de la discreción.

El silencio de la discreción me llevaba a ocupar todo bloquear, pero nada más que mi lugar. En la oración con los demás, la soledad es una suerte pero a veces también es un sufrimiento. Nadie puede vivir por mí, y yo no puedo descargar a nadie de la responsabilidad de su vida.

Y cuando es el otro que sufre a mi lado, experimento a minuto que mis palabras no tienen ningún poder, solo queda mi presencia amante y atenta llena de oración. Palabra del amigo y de la amiga que me llama “Necesito tu presencia. Aun cuando no decimos nada, sé que estás ahí, con todo tu corazón con toda tu alma”.

Silencio paciente.

Silencio de todo lo que va madurando. En el camino de la amistad de la convivencia, cuando caminamos al paso del otro, y desearíamos decirle lo que nos parece importante, urgente, indispensable, y el otro no puede cargar con la verdad por responder a lo que se espera de él… Silencio que da tiempo al tiempo para consumar su obra, y a Dios le permite hacer crecer el grano al ritmo de su gran paciencia, cuando (p. 16) dormimos o cuando velamos, incluso aunque “la cizaña amanece en nosotros con el grano”. Este silencio que desearíamos escuchar es también para nosotros una posibilidad que tenemos que aprovechar para permitir que nuestro corazón se convierta. Por lo tanto, mi palabra, que parecía tan necesaria y urgente para el otro, empieza por cuestionar mi propia vida ¿Voy a hablar por “el bien del otro” o para imponer mis puntos de vista?

Paciencia también conmigo misma para quien la maduración es a menudo tan lenta.

Silencio de todos los apegos.

Silencio de todo aquello a lo que estamos más apegados (familia, amistad, misión…). Cuando el corazón y la carne se quejan de hambre, y escogimos de nuevo, en un acto de fe, a fondo perdido, que “en el único amor sean salvados todos nuestros afectos humanos” y

cuando hacemos nuestra la frase de San Benito a fin de aferrar nuestra perseverancia: no preferir nada al amor de Cristo.

Tal vez falta un largo tiempo antes de que la tempestad se apacigüe y vuelva a la calma, no de resignación o de aislamiento, sino de esperanza en que el amor es más fuerte que la muerte y que el amor de Cristo es celoso frente a los ídolos, pero es fuente y porvenir de nuestros amores verdaderos.

Silencio de la palabra.

Silencio de la palabra que se oye como verdadera, que suena justa aun diciendo las cosas más ordinarias de la vida diaria, porque es palabra de humanidad allí también tengo mucho que aprender, porque hay silencios que son huidas, orgullo, dimisión, y palabras que estallan en risas y son comunión, dulzura, paz.

Hay silencios que ponen barreras y hay silencios tan ricos de presencia que las palabras serían intrusos. Esto es cierto respecto al encuentro humano, y también respecto a la amistad y el encuentro con Dios. Es un regalo gratuito y maravilloso cuando lo recibimos.

Me gustó el hecho de que en una frase de las constituciones el silencio y la humanidad sean hermanas gemelas. No es sin duda casual, porque van de común acuerdo y pueden darnos un aire de familia sin darnos cuenta si habitan en nosotros y nos moldean.

Jossette.

Zen: el silencio, que hunde en el misterio.

Silencio.

Hta.Isabel Dieudonné

.

Zen: el silencio, que hunde en el misterio.

Durante un tiempo de soledad y silencio en la casa de oración de Murcia, Isabel, hermanita del sagrado corazón que vive en Malpartida de Plasencia (Cáceres), se inicia en el camino del Zen. En esta carta a sus hermanas de fraternidad intenta explicar su experiencia de silencio de encuentro con Dios a través de este camino del Zen.

Queridas hermanas:

Durante nuestro encuentro en Valmont, María Jesús aludió al Zen a referirse a mí y a la formación permanente que nos tiene que preocupar a todas a lo largo de la vida, para trabajarnos, conocernos mejor, a nosotras mismas etc.

Aunque el Zen pretende ser directamente un medio de formación o de conocimiento de sí mismo, pensé que podría compartiros a todas lo que él se hace en mi vida, como lo he conocido y como uso de él.

En la raíz de este descubrimiento está la búsqueda y sed de Dios, el deseo de orar y comunicarme con Él, el deseo de comunión. Siempre me atrajo la oración de simplicidad, “el perderse en Dios”, la sencilla mirada y el estar, sin buscar tanto la meditación una reflexión - trabajo de la mente -, sino con el deseo más y más único de “hacer silencio y creer en el Amor”. Lo que no quiero decir que lo vivía bien.

Hace unos años viví una temporada larga de dificultades, de inestabilidad física en los momentos dedicados a la oración, a adoración. Pedí entonces, consejo a Shirley que me ayudó bastante compartiéndome algo de su experiencia. Un poco más tarde una amiga contemplativa me hablo del Zen, así por casualidad, y me indicó la posibilidad de hacer un fin de semana con Ana María Schülter - maestra de Zen - una religiosa que vivió muchos años en un barrio

pobre de Madrid. Sin embargo, dejé pasar la oportunidad, pues, muy ignorante en el asunto, pensé que me iba complicar la vida a caer en lo artificial y exótico.

Encuentro con el Zen.

Creo que fue en el verano siguiente cuando me fui a Murcia, para hacer 12 días de retiro en un lugar muy hermoso y árido, verdadero desierto, donde Pepe, sacerdote de la Fraternidad Sacerdotal ha organizado una casa de oración muy rústica.

Le pedí consejo referente a la oración. Después de escucharme, el me propuso introducirme en el Zen, que no es una "religión", sino un camino de (p.18) oración no discursiva, totalmente silenciosa. Se puede decir que se trata de toda **una actitud de vida**: con la ayuda de una postura física determinada, liberando tensiones y nerviosismos, y con una atención a la respiración en su primera etapa, esta meditación quiere ser sencillamente apertura al Misterio de la Vida que "respira" en mí y alrededor mío

Es silencio que hunde en el Misterio, estamos inmersos en la Vida que anima todo tu ser, lo seres, el Universo. Se trata de caer en la cuenta, de estar alerta, en receptividad, de dejarse llevar por este movimiento de la respiración: inhalar, exhalar, acoger, entregar… sin pensar. Todo esto lleva a una comunión.

Hay personas que hacen Zen para relajarse o encontrar calma y silencio en una vida súper activa y en medio de este mundo emborrachado del deseo del poder del dominar, de la competitividad y de la violencia. Otros lo hacen solamente para encontrarse con la Realidad, sin darle otro nombre, y "purificarse". Otros, como yo, buscan a través de ese camino el amar más, el vivir más plenamente la comunión con Dios y con los demás, viviendo el tiempo de la meditación como oración: un "estar", una atención - apertura - acogida del Misterio y el encontrarse en Él.

Vida – Dios - Amor que otros llamarán Realidad - Silencio - Vacío (como capacidad). Este acercamiento al Misterio este descubrirse nadando en .El, respirando en Él y de Él, ("en Él vivimos nos movemos y somos"), lo descubro como común a todos los místicos occidentales y orientales de cualquier tradición religiosa o fe que se reclamen, (no pretendo decir que todo es igual o parecido; quiero decir que es una experiencia que me hace "comulgar" muy fuerte a este nivel con los demás, más allá de la fe determinada o de la religión de unos u otros).

Mi vida se transforma.

En mi vida, la práctica del Zen fortalece **la unidad de mi ser**. ¿Cómo? No se trata del cuerpo, del espíritu… No. Se trata del ser entero, que tome una actitud, recibe, se hace receptivo, (p. 19) deja fluir. Debe facilitar esta actitud: el cuidado de la postura física, la relajación de las tensiones, el silencio de la mente y la atención a la respiración.

Estamos en la Vida, en el Amor. Pero no es un asunto de emociones o ideas. No. Es el "no saber". Es bastante desértico, las "nadas" de San Juan de la Cruz. Pero lleva a la plenitud y creo que por ahí puedo vivir más la Vida, como Don y Comunión.

Decía que esto fortalece la unidad de mi ser, diría también **la unidad de mi vida**. La actitud de acogida, atención y apertura a la Vida en estos momentos de silencio es lo mismo que quiero vivir diariamente y en los encuentros = acogida del acontecimiento, del presente, atención al hermano necesitado de comprensión, etc. ¡Bueno, no concluir que soy una persona acogedora en todo momento! ¡Ya me podríais ver alguna vez protestar y… acoger muy mal…! Esto sin más comentario. Pero comprendéis lo que quiero significar.

Pienso que el hecho de ser actualmente una persona más tranquila, con los nervios en su sitio, más a lo que hago en el momento presente, lo debo en gran parte a este descubrimiento y práctica del Zen. Me confirma y me ayuda en mi caminar, transformándome en una manera de vivir y de acoger la vida. Me hace feliz también el agradecerlo a nuestros hermanos orientales, es regalo de ellos…

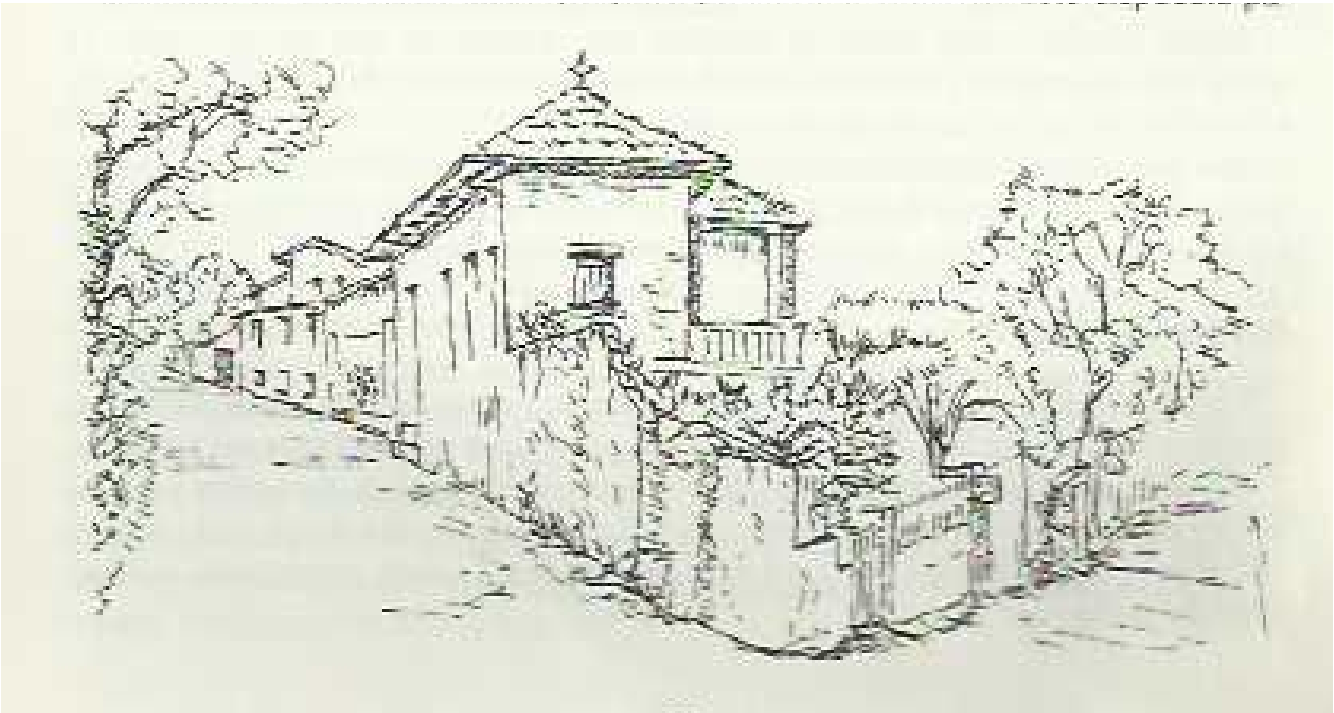
Pero pienso también aquí en tantas personas, tantos acontecimientos que fueron y son en mi vida artesanos de transformación de conversión y comunicadores de vida… Muchos seguramente no se dieron cuenta de lo que me aportaron y aportan, y a mí se me escapó seguramente muchas veces la posibilidad de reconocerlas. A Dios y a ellos quiero dar las gracias aquí, y que ellos sientan agradecidos por el poder del Espíritu de Vida y Amor que lo

puede y lo hace todo, y comunica todo. Espero que todo esto no os parezca complicado. He querido explicar demasiado, creo, pues estas cosas en general se entienden mejor por el corazón y en silencio.

Terminaré con un cuento cortito, cogido de la sabiduría oriental: “Un pequeño pez nadaba desesperadamente en el mar, preguntando que anuncia a los que encontraba: - Estoy buscando el Océano. ¿Podéis decirme dónde está? - No busques más, pececito le contestaron **estás dentro de él**.

Isabel DIEUDONNE. (p.20).

Ideas y orientaciones.



El silencio, la fiesta del Espíritu.

Silencio.

Cristina KAUFMANN.

El silencio que celebra la fiesta del Espíritu.

Cristina Kaufmann, es que carmelita descalza, del monasterio de Mataró (Barcelona). A través de diversos medios de comunicación y siempre desde su clausura, nos has transmitido su experiencia de Dios. En este artículo, aparecido en el nº 4 del año 1989 en Vida Religiosa, nos ofrece su reflexión en torno al silencio, desde su vivir contemplativo.

Intentaré ceñirme estrictamente a lo que el título anuncia, referido más concretamente a la vida contemplativa del Carmelo teresiano, de la única que tengo experiencia, porque creo que aunque hay un núcleo idéntico en toda vida contemplativa, monástica, eremítica o laical, el silencio tiene varios rostros o varias "sonoridades", según el estilo de cada instituto.

Todo lo que se puede decir del silencio de la creación y en especial del hombre tiene su punto de gravedad en el silencio mismo de Dios. En la vida contemplativa no se vive, no se participa de otro silencio distinto, esencialmente diferente, de la que es el silencio divino y creacional. Diría que todo lo que es el silencio desde los diferentes enfoques cosmológico, antropológico, sociológico, teológico y ascético se encuentra y se vive con advertencia en la vida contemplativa.

Si miramos el silencio bajo cualquiera de estos enfoques llegamos necesariamente a un punto en que nos encontramos con lo que aparentemente es lo opuesto al silencio: la palabra. No hay ningún instituto de vida contemplativa que practique un silencio como valor en sí mismo, como meta absoluta; en todos es una parte de la comunicación, de la comunión, del amor que también necesita de la palabra.

El centro del silencio es una palabra: el Verbo, hecho Hombre. el hombre Jesús. Desde ahí nace todo lo que tiene que ver con el silencio en la vida contemplativa: 1/ Relatividad del silencio frente a la Palabra, 2/ Silencio con uno mismo: como camino o medio para llegar a la comunión con Dios, 3/ Silencio en relación con los hermanos para llegar a la comunión con ellos en Él. 4/ Silencio frente a todo lo creado para llegar en comunión con Él a la pacífica convivencia con la creación.

1/ Relatividad del silencio frente a la Palabra,

El silencio no ha sido nunca una mera práctica ascética con valor en sí mismo en (p.22) la vida monástica cristiana. No ha sido nunca una ascesis solo para llegar a la pacificación con uno mismo, ni un fin en sí, aunque, a veces, se haya oscurecido esta verdad debajo de comportamientos y normas que parecían contradecir esta realidad. Todas las prácticas y reglas sobre el silencio en sus varias formas y expresiones desde los Padres del desierto hasta los ermitaños urbanos de nuestros días, han sido siempre un medio para llegar a la unión con Dios, por tanto, a la videncia de un diálogo con la Palabra - Cristo. Es lo que expresa San Juan de la Cruz: "Una palabra habló el padre, que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio y en silencio ha de ser oída del alma" (Dichos de luz y amor. 99). Esta es la razón de todas formas de silencio que se vive en la vida contemplativa y, de hecho, es la clave última para todo silencio humano. El aspecto acético del silencio es relativo, es siempre camino para llegar a esta palabra - respuesta a Dios: Palabra - Verbo, - Comunicación – Amor, que nos hace entrar en el juego inefable de la vida trinitaria que es "música callada" y "soledad sonora".

2/ Silencio con uno mismo como camino para llegar a Dios.

Sabemos que “el que me ama guardará mi palabra, y mi padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él” (Jn. 14 23). Dios está en nosotros, en la sustancia del alma, más adentro que nosotros a nosotros mismos. Y allí es donde pasan los grandes secretos entre Dios y el alma, donde le comunica su misma sustancia y quiere que el alma se entere de ello Por el camino secreto que no pasa por el entendimiento ni por los sentidos. Pues allí donde la persona no tiene otro oficio que el silencio por todo lo que no es Dios en ella. El núcleo de todo silencio en la vida contemplativa es esta actitud de la persona que te deja aquietarse por el Espíritu Santo de todo ruido de sentido, de deseos “penúltimos” y de actividades que meten “ruido” en el alma.

Aquí el silencio es la ordenación de todos los afectos, de todos los deseos y de todas las actividades de la persona humana, orientando los todos hacía esta unión con Dios, esta fiesta del Espíritu Santo en ella. No es el mutismo de una represión violenta de las fuerzas afectivas, inteligentes y creadoras de la persona, sino un silencio que les muestra con claridad lo provisional y caduco de todo objeto que no sea Dios mismo. Es un dejarse quedar por la presencia de Dios, hasta que todo se calle y se consuma en el fuego del amor. Este silencio interior, de lo más interior de la persona, es, en definitiva, un don de Dios, pero que quiere ser recibido activamente. Al calor de este fuego uno se da cuenta que hay en el hondón de la propia persona mucho ruido que impide oír la palabra que Dios habla en eterno silencio. Este fuego no siempre es el ardor sublime que sintieron los dos discípulos (p.23) de Emaús, sino que, a veces, quizá más, es sufrimiento grande y a este interponemos nuestros sentidos, nuestras palabras con sutil traza para esquivar esta Palabra que nos quema, para compararnos contra esta desnuda verdad que nos revela el fuego de la presencia divina; interponemos nuestras palabras interiores, una oración “larga” de muchos razonamientos, incluso nos escuchamos detrás de la misma Palabra de Dios escrita, detrás de nuestros ofrecimientos, planes y proyectos para gloria de Dios, detrás de “nuestras buenas obras”, todo para no oir “palabras auténticas, como plata limpia de ganga, refinada siete veces (11,7) y que nos deja a la intemperie ante Dios.

La vida contemplativa nos conduce infaliblemente a la encrucijada interior, donde tenemos que decidirnos por el silencio si queremos ser fieles a la vocación, si queremos contemplar, “ver a Dios” con este deseo que es precisamente la forma de nuestra respuesta amorosa. La vida contemplativa no es una vida que no lleve, paso a paso, a una mayor variedad de experiencias o vivencias acerca de Dios en los sentidos o en la inteligencia, sino hacia la misma simplicidad de Dios, que absorbe en sí toda complejidad y diversidad transformándolas en “lo único necesario”, el Amor.

La vida contemplativa nos conduce hacia la identificación con este amor manifestado totalmente por Jesús en la cruz. El silencio en la vida contemplativa es un anticipo y un entrenamiento del silencio por amor. Jesús en la cruz es la explicación y la razón de todo silencio contemplativo. Es la Palabra de amor del Padre hacia los hombres y el silencio de obediencia de la humanidad entera asumida por Él. Jesús en la cruz es la plenitud de amor expresado en palabra y en silencio. La vida contemplativa acentúa dentro de la vida consagrada y aun de toda la vida cristiana el valor del silencio como signo de la entrega total por amor hasta la muerte. Toca, de alguna manera, el misterio mismo de Dios, que se da en su palabra pronunciada en eterno silencio en favor de los hombres.

Todos nuestros deseos, nuestros íntimos anhelos de poseer, de dominar, de permanecer tienen que llegar a un silencio cada vez mayor para escuchar y responder a la única Palabra, al Amor que ama en nosotros a nosotros y al que amamos en Él dentro de nosotros. Son cosas difíciles de escribir, pero creo que el más profundo centro del silencio en la vida contemplativa se encuentra aquí, en esta participación en el amor trinitario gracias a la Palabra que nos asimila, si consentimos a ello con nuestro silencio.

3/ Silencio para llegar a la comunión con los hermanos.

Así como la ley del amor a Dios y al prójimo es una inseparable, también el silencio, en cierta manera, es el mismo en relación a Dios y en relación a los hermanos. Es uno solo el silencio que nos abre al amor. Como, se pueden distinguir (p.24) manifestaciones, características distintas del mismo; la vida contemplativa tiene

innumerables costumbres, métodos y prácticas del silencio que tienen, por fin, la caridad fraterna, o mejor dicho, son ayuda imprescindible para ella. La vida común monástica no es, ciertamente, siempre la "máxima penitencia", pero si es una escuela exigente y constante que comprende todos los niveles esenciales a toda vida común entre las personas.

Teniendo ante los ojos la meta de la vida contemplativa que es esta unión con Dios de la que hablamos más arriba, todo el ambiente interior de la persona debe entrar más y más en silencio. Es silenciar la crítica del hermano - que, a veces es la simple proyección de nuestras limitaciones en él -, una constante necesidad de ser correspondidos en nuestros afectos por el otro, el incesante discurso interior sobre la buena o mala marcha de la comunidad, sobre las obras y empresas que habría que realizar, el ruido sutil que se puede meter en la mente y en el corazón con el celo de aprovechamiento del otro. De todo ello nos han dejado preciosos ejemplos los Apotegmas de los Padres del desierto. También el silencio de los sentimientos, saber que callar una indignación, saber esperar un momento oportuno para la corrección fraterna y no utilizarla para satisfacer nuestras agresividades, no es una estimable ayuda para el amor. La soledad nos facilita al encontrarnos (p.25) en el ambiente del silencio interior necesario para que brote luego una palabra de amor, de comprensión, de aliento, de perdón y reconciliación. Es, además, una fuente de energía espiritual y psicológica que beneficia a cada miembro y a toda la comunidad. ¡Cuántos esfuerzos estériles por querer convencer al otro de lo que sea, en montar castillos en el aire, dando curso libre la imaginación fantasía en detrimento de la sobria, constante y callada colaboración en el proyecto común de la comunidad!

En la vida contemplativa el silencio externo es, sin duda, una ayuda indispensable para llegar a estas actitudes interiores que favorecen y acrecientan la caridad en la comunidad. Pero el silencio como camino hacia la comunión con Dios de los hermanos y algo más profundo que evitar el pecado contra el hermano. El silencio nos pone en disposición de escuchar a Dios en él. No sé si salir de nuestra soledad para ser el amigo de la soledad del otro. Nos abre el misterio que es el hermano, y ante el misterio la única actitud realidad es el silencio amoroso, reverente, que se inclina ante Dios presente en el otro. El hecho que en la vida contemplativa se viva gran parte del día juntos, se trabaje en la misma tarea, se cante la liturgia juntos, se coma juntos en silencio, despierta en la persona la sensibilidad por el misterio del otro, se aprende este arte difícil de estar juntos sin decirse nada, pero estando en profunda comunión. Las tareas más ordinarias del día son efectuadas juntos, pero en silencio de palabras. Son ocasiones en que Dios nos puede revelar su presencia en el hermano, nos descubre su rostro en el otro de una manera sorprendente y solo perceptible gracias al silencio externo y, sobre todo, interior que ha llevado al monje o a la monja no estar siempre en discurso interior sobre lo que está haciendo él o ella y la comunidad o el hermano que tiene al lado; no solo evitando el discurso negativo, sino también el positivo, dejando el otro en su alteridad, en su misterio, en su libertad. Solo desde esta libertad será posible una comunión con el hermano que será al mismo tiempo comunión con Jesús en él, como misterio como centro del misterio del otro.

4/ Silencio frente a todo lo creado.

La vida monástica nos acerca, en gran manera, al silencio inherente a todo lo creado, todo lo que es "palacio para la esposa, hecho en gran sabiduría" (San Juan de la Cruz, romance sobre el evangelio "in principio erat Verbum), acerca de la Santísima Trinidad, 4), todo el universo, tiempo, espacio y materia animada e inanimada. Parece que nuestros días nos volvemos más sensibles al silencio elocuente de este universo creado para el hombre y más respetuosos porque vislumbramos con conciencia estremecida los efectos de la intervención autosuficiente y egoísta de la humanidad en este silencio de la creación y las terribles consecuencias para toda vida, de una expoliación irresponsable (p.26)

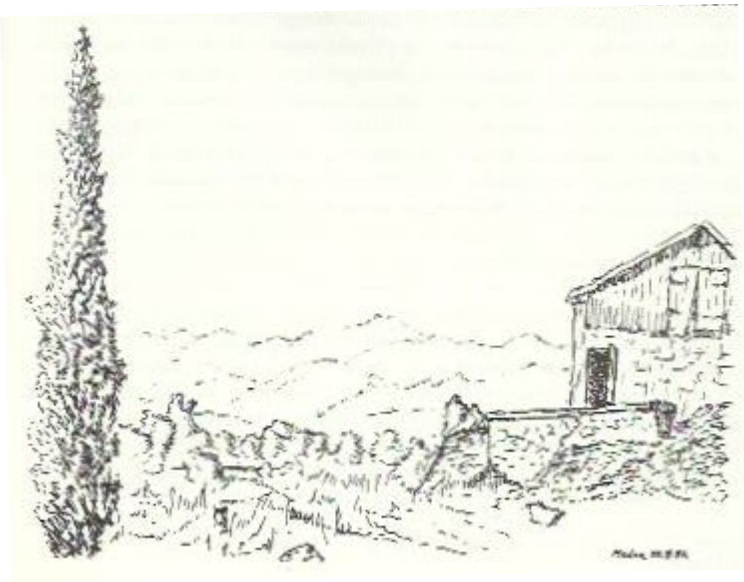
En la vida contemplativa el modo de usar las cosas - creadas al servicio del hombre y no para la explotación - debería hacerlo sensibles al silencio de la creación, capacitarnos a entrar en su ministerio como un aspecto de la pobreza. No significa una actitud hostil o temerosa ante los avances de la técnica y de técnica electrónica, sino el saber escuchar en toda la creación el mensaje de

amor del Creador, y para ello saber mirarla, contemplarla sin afán de posesión egoísta, sino saberse en armonía con ella. Todos, personas humanas y seres creados, formamos la creación que es la Palabra de amor de Dios pronunciada hacia fuera en el misterio de su ser. El trabajo, casi siempre sencillo, a veces solo manual, en la vida contemplativa, nos mantiene contacto con este silencio de los objetos y nos enseña nuestra actitud frente al Creador: el ser simplemente, con obediencia agradecida y esplendorosa, lo que Él quiere que seamos. (cf. Sab. 15,7 e Is. 29,16).

Aunque el silencio en la vida contemplativa no sea, en primer lugar, una práctica externa, necesariamente tiene que haber normas sobre el silencio en una comunidad monástica. Indudablemente el no hablar ni verbalmente ni con gestos en determinadas horas del día y en determinados lugares - el silencio nocturno, sobre todo, el que es más palpable se hace la "presencia ausente" de Dios - ayuda a emprender el camino hacia estos otros silencios más interiores que nos unifican y pacifican para el encuentro inmediato de Dios en el alma, donde gusta de la sabiduría de Él, que habla siempre en silencio y en silencio quieres ser oído.

Silencio y unificación de la persona en una sola inspiración, la de la íntima comunión con Dios, son dos realidades que se condicionan mutuamente. El silencio tiene infinidad de expresiones, incluye la totalidad del existir de la persona en la vida contemplativa, atraviesa todos los niveles de su vida espiritual, afectiva y psicosomática, y debe informar su modo de ser, tanto de las personas como de las comunidades. Este modo de ser es el que hoy atrae a muchos hermanos a los monasterios precisamente, porque intuyen en él una respuesta a la creciente y angustiante inquietud que se adueña del corazón humano y de la sociedad occidental en general. Qué dimensiones, qué profundidades y qué anchura tiene el silencio para la vida contemplativa para los que viven, lo resume y lo indica misteriosa y exhaustivamente el cántico de San Pablo en su carta a los Filipenses: "Cristo, a pesar de su condición de vida, no hizo alarde de su categoría de Dios, al contrario, se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse, incluso a la muerte y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el "Nombre sobre todo nombre" (2, 6-9). Aquí está todo el misterio del silencio y de la Palabra hecha carne, el silencio al que nos invita y en el que no salva.

Cristina KAUFMANN.



La quietud del Espíritu.

Silencio.

P Sánchez Ramos.

Sobre el sosiego y la quietud del espíritu.

El silencio no es hijo de la superficialidad, sino de vivir desde la conciencia profunda. Pero esto exige un adiestramiento. Él nos ayuda a realizar el camino del silencio que termina en la quietud del corazón. Es lo que nos aporta este artículo.

Hace siglos, los Padres del desierto vivían conducidos por este principio de sabiduría: "*Fuge, tace, quiesce":*"Huye calla y reposa".

Desde la perspectiva de quienes queremos vivir la contemplación en medio de la vida diaria, creo que podríamos hacer esta traducción de aquel principio sabio: "Huye de la dispersión de la superficialidad, sosiégate, serénate, y serás conducido a la quietud del Espíritu".

Para que el agua del Espíritu que mana dentro de nosotros pueda inundarnos e inundar todo lo que tocamos, necesitamos tener una actitud de sosiego, de serenidad y de quietud, en medio del mundo de relaciones y de acontecimientos en los que vivimos. No es fácil, pero es posible y es imprescindible, si queremos dejar al Espíritu del Padre hacer sus obras en nosotros.

Huyo de la dispersión, de la superficialidad.

Los grandes regalos que la civilización actual ofrece al hombre, entrañan una gran dificultad para vivir dentro y en reposo profundo.

Hay más posibilidades de moverse, existe un diluvio de información, nos llegan medios de presiones masivas, de estímulos de todo tipo en una sociedad rica, pluralista y libre, nuevas comodidades y objetos de todo tipo.

El uso indiscriminado de estas realidades está haciéndonos personas llenas de estrés, muy dispersas, personas nerviosas que viven fuera de sí, personas superficiales a caballo de la última novedad, personas poco silenciadas, que no viven a tope el presente, disfrutándolo; personas evadidas y desarmónicas. En *El arte llamar de amar,* Eric Fromm escribe: "Nuestra cultura lleva a una forma difusa y descentrada, que casi no registra paralelo en la historia. Se hacen muchas cosas a la vez… Somos consumidores con la boca siempre abierta, ansiosos y dispuestos a tragarlo todo. Esta falta de concentración se manifiesta claramente en nuestra dificultad para estar a solas con nosotros mismos". (p.28)

Es tan fuerte esta situación que incluso se percibe en la vida de muchos sacerdotes y en las comunidades religiosas de vida activa, a quienes vemos estresados, sin tiempo para el encuentro personal, cogidos por horas de TV, sin espacios gratuitos y con un clima de parloteo que ,a veces, son para preocupar.

Hemos de ser conscientes de esta situación quiénes queremos dejarnos conducir por el Espíritu hacia "el estado del hombre adulto, la madura es de la plenitud de Cristo" (Ef. 4,13). Así superamos positivamente la ambivalencia de la realidad actual en la que debemos vivir.

Es necesario vivir desde la profundidad.

No es posible que se dé en nosotros un nivel de conciencia mística, viviendo el nivel de conciencia superficial. Es necesario hacer fondo. Vivir desde lo hondo de nosotros, desde dentro, desde "la sustancia del alma".

La vida del Espíritu es una sorprendente revelación de nuestra realidad fundamental y del Dios que vive en lo profundo de nosotros. Esto exige del creyente vivir desde su realidad esencial

Viviendo desde la profundidad, nuestra personalidad se armoniza Y cada pieza de nuestro puzle se va colocando en su sitio y aflorando nuestro rostro original.

Viviendo en ella, nos relacionamos con las personas desde una actitud de veracidad. Es mi yo verdadero quien sale a acoger al otro con quien me relaciono. Desde la profundidad puedo percibir los acontecimientos en su objetividad y puedo implicarme y

comprometerme con ellos en lo que desde mi verdadera realidad puede aportarles.

Desde la profundidad capto las ataduras, las distorsiones que desde mi falso yo están interceptando la relación verdadera con todo cuanto existe. Situo bien las tormentas de superficie que se dan en mí.

Por último solo desde la profundidad puedo valorar, puedo vivir en comunión con lo que es el Núcleo Esencial de cuánto existe, puedo ser introducido en el nivel de conciencia cristica para ir siendo unificado a Jesucristo.

Sosiégate, serénate.

Para poder vivir desde la hondura, es necesario no solo serenar la superficie, si no hacer todo el camino de sosiego que nos introduzca en la quietud del Espíritu.

Comencemos por cuidar el lugar donde vivimos. Muchos de los ruidos y de las tensiones que nos rodean son controlables. En tu casa, en el trabajo, en tu vida de relaciones pueden disminuirse los ritmos para ir construyendo un ambiente sereno, relajado, acogedor. (p.29)

Una habitación ordenada, el detalle de una flor, el modo de caminar, tu manera de relacionarte con quienes vives, un tono de música apropiada, la hostilidad en los muebles y en los adornos de tu casa… son medios muy eficaces para vivir en un ambiente sereno y sosegado. Todos tenemos la experiencia de lugares que solo entrar en ellos nos sosiegan y no sitúan dentro de nosotros.

Otro paso es el sosiego de la persona. Soltar las tensiones musculares innecesarias, lograr un tono de relajación corporal que mantenga nuestro cuerpo en armonía. Hay que revisar nuestras costumbres en la comida, equilibrar más la tensión y el descanso, hacer un pequeño tiempo diario de ejercicio corporal. El cuerpo es la cara del espíritu, es la expresión sensible de la transcendencia es el templo de la divinidad… y debemos ayudarle para que puede transparentarla.

Llegamos así al sosiego psicológico. Este es la armonía de todas nuestras dificultades. Fruto de ser señores de nuestro ser. De vivir conscientemente cada una de nuestras actividades, de estar aquí y ahora con aquellas dimensiones del ser que ahora necesitamos ejercitar. La serenidad es el fruto de una adecuación del adentro con el afuera, en todo momento.

La serenidad no es posible, además, sino en la medida en que nuestro mundo inconsciente vaya estando aclarado y descongestionado. Miedos, ansiedades, conflictos internos, influjos sutiles…todo debe irse limpiando para que haya también una adecuación entre nuestro consciente y nuestro inconsciente. La serenidad es el fruto de esta adecuación.

San Juan de la Cruz nos dirá que para que “el entendimiento está dispuesto (p.30) para la divina unión ha de quedar limpio del todo. Un entendimiento íntimamente sosegado y acallado puesto en la fe”. (2 S. 9,11).

Así llegamos al gran sosiego, a la serenidad fundamental, la serenidad del corazón. Es el silencio de las raíces del ser, de donde nace el desorden radical: “Lo que sale del corazón del hombre es lo que contamina al hombre. Porque de dentro del corazón de los hombres salen las intenciones malas: fornicaciones, robos, asesinatos, adulterios, avaricias, maldades, fraudes, libertinaje, enviada, injuria, insolencia, insensatez. Todas estas prevaricaciones salen de dentro y contaminan al hombre” (Mc. 7,20-23). Por eso Tony de Mello ha dicho que el silencio profundo es “la ausencia del egoísmo”.

La persona sosegada del todo es aquella que vive en la paz del corazón. La que domina sus apetencias, la que ha salido de si para vivir en el amor al Otro y a los otros, es la persona libre que tiene todo bajo sus pies, es el indiferente positivo de San Ignacio: “Igual muerte que vida, salud que enfermedad, riqueza que pobreza…”, Es aquel que ve todo solo desde el querer de Dios, es el pobre de corazón.

“En esta desnudez halla la persona espiritual su quietud y descanso, porque no codiciando nada, nada le fatiga hacia arriba y nada le oprime así abajo porque está en el centro de su humildad”, dice San Juan de la Cruz (1S.13, 13). En este silencio del corazón el que nos capacita para ver a Dios. “Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios”. Y nos capacita para ver al hermano desde la verdad, para acogerlo en su realidad, sin proyectar sobre él nuestras ilusiones o nuestras frustraciones, nuestras tentaciones del dominio. Este sosiego del corazón nos capacita para amar, un amor adulto y un

amor teologal. Hace salir de nosotros la actividad verdadera, ese hacer ya que nos madura y hace crecer el Reino de Dios en la vida humana.

Necesidad de adiestramiento.

Todo este proceso de sosiego y de serenidad, impulsado en nosotros por el Espíritu, necesita de nuestra colaboración.

Hace falta todo un nuevo estilo de ascesis que deje crecer en nosotros la armonía y la unidad a la que somos llamados, en medio de un ambiente consumista y burgués en el que nos toca vivir.

Es necesaria una disciplina personal, comunitaria y ambiental. Jesús lo deja claro en el Evangelio: "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia y todas las demás cosas se os darán por añadidura. No os preocupéis de la mañana: el mañana se preocupara de sí mismo. Cada día tiene bastante con su propia dificultad" (Mt 6, 33-34). "El que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo" (Lc 14,33). "Venid a un lugar solitario para descansar un poco. (p. 31). Porque eran tantos los que iban y venían que no les quedaba tiempo para comer" (Mc 6,31) "Si alguno quiere seguir conmigo, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí la encontrará" (Mt 16, 24-25).

Necesitamos incluso, alguna metodología que nos acompañe durante esta peregrinación hacia el sosiego del corazón, al menos durante las primeras etapas. Las diversas generaciones creyentes han ido ejercitando, en su época, el método popular adecuado que conduciría al sosiego y la serenidad del espíritu.

Hoy también se nos ofrece viejos y nuevos métodos para el silencio del ser. Cada uno ha de encontrar el que más le ayude. Urge también encontrar el espacio de soledad y el ritmo de soledad que cada uno necesita para crecer. Jesús armonizaba soledad y servicio. A veces de noche, otras de madrugada. A veces marchando a la montaña, otra internándose en el mar o en el huerto de un amigo. A veces, los pequeños momentos oracionales que cada día realizaba como un buen israelita, a veces la fidelidad a los momentos semanales en la sinagoga o las grandes semanas en las que subía a Jerusalén.

La soledad es imprescindible en dimensiones diversas y en equilibrio con la actividad y el tiempo dedicado a las relaciones fraternales. La actividad será motor de crecimiento de nosotros, si encontramos el ritmo adecuado de soledad y de presencia en la vida.

"El abad Moisés dijo a el abad Macario: "Yo deseo estar en sosiego y serenidad, pero los hermanos no me dejan". Él le contesto; "Me parece que tú eres de natural tierno y delicado y no eres capaz de deshacerte de un hermano inoportuno. Si realmente buscas el sosiego de corazón ve al desierto, bien dentro, a Petra, verás cómo allá encontrarás el reposo que buscas". Así lo hizo y consiguió la paz".

Cada uno según su modo de ser y las circunstancias en las que debe vivir, debe encontrar la medida de soledad que necesita para responder a las exigencias que Dios pone en su corazón.

Así entrarás en la quietud del espíritu.

El sosiego y la serenidad de toda la persona van introduciéndonos en una activa quietud que en su momento va siendo madurada por el don de la quietud del Espíritu.

La verdadera quietud es intensidad de amor. Es poner en dirección de Dios todas las fuerzas, todas las capacidades, todo el corazón. Es amar sin medida a quien nos ama desmesuradamente.

La quietud es como un enraizamiento en Dios; es tenerlo ahí como la única tierra en que hemos sido plantados, en la que crecemos y desde la que fructificamos. Va haciéndose nosotros en la medida que estamos cogidos por el único (p. 32) necesario. "Marta, Marta aún estás cogida por muchas preocupaciones y no te das cuenta que solo una es necesaria. María la ha encontrado y por eso, su quietud y su enraizamiento en la tierra auténtica" (Lc 10, 41-42).

Esta quietud es contemplación. Así define la contemplación San Juan de la Cruz: "La atención amorosa a Dios en paz interior y quietud y descanso" (2S. 13,4). Y también: "Es una quietud amorosa y sustancial" (2S. 14,4). Y en el mismo capítulo: "Poniéndose la persona delante de Dios, se pone en acto de noticia confusa, pacífica, amorosa y sosegada, en que está la persona bebiendo sabiduría, amor y sabor" (2S. 14,2).

La quietud es la paz de Dios que insulta en el fondo del corazón.

La quietud no es inactividad. Lo místicos han actuado, han hecho lo que tenían que hacer, pero desde ese núcleo sagrado y quieto de quien solo busca “la honra y la gloria de Dios”.

La quietud tampoco es ausencia de sufrimientos. No hay verdadera quietud sin buena cruz. Pero se puede sufrir mucho y crecer en la quietud. Algunas personas me han dicho: “Estoy sufriendo mucho desde esta situación sin salida, pero hay un núcleo dentro de mí que sigue inalterable, en total paz”.

Cuando este don de la quietud va asentándose en la persona de Dios no siendo el único Maestro, el guía espiritual del ser humano. Ya no necesita otros medios y maestros que le conduzcan en su claridad oscuridad

En soledad vivía
y en soledad ha puesto ya su nido,
y en soledad la guía
a solas su querido,
también en soledad de amor herido” (Canción 35)

Es la sabiduría de Dios, la única sabiduría del que vive en esta quietud: “Sabiduría de Dios, secreta, escondida, en la cual, sin ruido de palabras y sin ayuda de algún sentido corporal ni espiritual, como en silencio y quietud, a oscuras de todo lo sensitivo y natural, enseña Dios cultísima y secretísimamente a la persona, sin ella saber cómo, lo cual algunos llaman “entender no entendiendo” (Canción 39,12).

Es el punto final de este largo camino del sosiego y la serenidad. “Hay personas que con sosiego y quietud van aprovechando“, (S. prologo 7).

Aventura maravillosa la que hemos descrito. Aventura esencial que va a lograr en nosotros la integración de toda nuestra persona, la fecundidad en su quehacer y el crecer sin cesar en esta tierra teologal del único Dios

Pepe SÁNCHEZ RAMOS.

El silencio orante.

Silencio.

J CASTELLANO.

Escucha y respuesta: componentes clases del silencio orante.

Dios se hizo Palabra y se nos mostró como Amigo que quiere conversar con nosotros. Pero esta conversación se origina en el silencio y en el silencio ha de ser escuchada

El P. Jesús CASTELLANO, carmelita descalzo, nos ayuda a tomar conciencia de este dato del silencio, en este trabajo publicado en la “Rivista di Vita Spirituale” 4-5 1989 y condensado en Orar nº 42.

Vamos a recorrer en las líneas que siguen un camino hecho como de siete momentos, de siete etapas por las que ha de discurrir todo silencio orante. Esto es, todo silencio verdaderamente hecho de escuchas de respuestas.

1/ Callar, lenguaje para orar.

Un Padre de la Iglesia Oriental, Clemente de Alejandría, escribe: “Si no es demasiado atrevida la afirmación, definiré la oración como una conversación con Dios. Aun cuando susurremos las palabras en voz muy baja, aun cuando ni siquiera despeguemos sus labios… un grito brota de nuestro corazón y Dios oye ese clamor silencioso… El hombre espiritual trata con Dios como un amigo íntimo **de corazón a corazón**” (Strómata VII).

Observemos: Orar equivale a mantener con el amigo como un diálogo silencioso “**de corazón a corazón**”. Es este calor de la amistad y esta inmediatez de la presencia quienes propician y exigen el silencio y quienes, a su vez posibilitan el diálogo con Dios en cualquier tiempo y lugar. En todos está Dios presente cercano y amigo.

Teresa de Jesús lo advierte con claridad. Para tratar con Él no es menester ir muy lejos a buscarlo, ni es menester hablar con Él a voces

pues que le llevamos dentro. En numerosos lugares de sus escritos, llama a la atención del orante acerca de su propia interioridad convertida por gracia de Dios en morada suya y lugar de su presencia.

Esta intimidad amorosa no puede menos de exigir y provocar en nosotros una actitud silenciosa. Silencio para que Amado y amada se hagan mutuamente presentes. Silencio para sentirse mirado y devolver la propia mirada. Silencio para escuchar, para acoger, para comprometerse, para responder. Silencio porque cuando el amor es profundo va ya "**sin ruidos de palabras**" (p. 34).

Pero distingamos silencio y silencios. Pueden darse silencios petrificados. Esto es, puramente materiales. Silencios hechos de vacío, o de auto escuchas y autocomplacencias. Este tipo de silencio cercena toda posibilidad de diálogo. Solo cuando nuestro silencio se apoye en una fe teologal y brote de amor a quien nos amó primero, favorecerá la escucha y la respuesta. Es decir, el diálogo, la oración.

También hay silencios **ensordecedores**. Preñados de ruidos. Fatigoso silencios plagados de imágenes, sentimientos y afectos como represados en el extraño "mixer" de nuestro subconsciente. Tampoco sirve al orante este tipo de silencio. Mientras no cese esa algarabía profunda, la voz del Amigo será inaudible. Y su presencia imperceptible.

O puede darse, por fin, un silencio de **plomo**. Pesadísimo, aplastante. Es ese silencio que amanece como con aplastarnos bajo la fatiga física o psíquica; bajo la noche o aridez del propio espíritu. Silencio misterioso éste; misterioso porque, a pesar de ser silencio, puede ser también comunicación de Dios ya que Éste habla demasiadas veces más con silencio que con palabras. No nos amilanemos, pues ante este silencio purificador. Por su medio nos libraremos de no pocas impurezas como de continuo se adhieren a nuestra fe. Gracias a él crecerá nuestra simple y plena disponibilidad ante la sola y desnuda presencia divina

He aquí el primer paso, la primera etapa del camino que nos hemos propuesto: gustar el silencio. Preparar el silencio exterior mediante la creación o búsqueda de ciertos espacios que lo propicien. Ser capaces de crear y dilatar con la ayuda del Señor nuestro espacio interior de silencio. De igual modo que no conseguiremos ver el fondo de un lago mientras sus aguas estén revueltas y toda su suciedad en suspensión, tampoco sin el auténtico silencio captaremos la Palabra del Señor ni la responderemos.

2/ Abrirse a la escucha de Dios.

Aprender a escuchar, ya estamos en la segunda etapa del camino. Urs von Balthasar se hace la siguiente reflexión: "Si Dios no hubiera hablado, no se hubiese revelado, cualquier camino para ir a Él sería legítimo. Hasta esta fatigosa ascesis con que a veces se rodea la oración sería legítima. Pero si Dios se nos ha revelado en Cristo; en una historia hecha de palabras y acciones, únicamente poniéndonos a la escucha de esas palabras y acciones podremos conocerlo. Por Cristo pasa la revelación de Dios y la respuesta del hombre. En Cristo tenemos la certeza del amor que nos viene de Dios y la posibilidad de una respuesta desde su Palabra o desde la vida.

Ocasión verdadera es aquella que busca, no la vana pretensión de que sea Él quien responda a nuestras preguntas, sino que seamos nosotros quienes (p.35) acojamos y tenemos respuesta al eterno diálogo de amor que Él tiene abierto con nosotros a través de Cristo Jesús.

…Por eso la oración nace de su Palabra y de nuestra escucha. Como los Antigua Alianza, también nosotros hoy somos interpelados por un Dos que nos dice: "Escucha Israel". Orar es ser **oidores de la Palabra**. Y nadie negará que el silencio no sea el mejor espacio de teologal y psicológico para escucharla.

Santa Teresa comentando el Padre Nuestro, invita a acoger sus peticiones como recién salidas de la boca de Jesús, acentuando así el aspecto personalista y dialogante de la revelación. Y nos aconseja por ello, a situarnos, -callados, atentos- cabe este buen Maestro con la seguridad de que Él nos enseñará sin ruido de palabras.

El antiguo método de la **lectio divina**, más que una técnica más de oración heredada de la antigua tradición patrística y monástica, es en realidad el paradigma de esta escucha concebida como diálogo con Dios. Tú lee (lleva a tu boca el alimento), medita (mastícalo), ora (saboréalo) y contempla (llénate hasta lo profundo del gozo que te ha producido esa comunicación divina). Todo en directo: de Dios a ti, de ti

a tu Dios. Y siempre la misma trilogía: palabra y respuesta sobre el cañamazo del silencio.

Muchas veces tendremos que ponernos a la escucha de Dios directamente a través de los dichos y los hechos de Jesús. La lectura orada de Evangelio nos permite sentirnos contemporáneos suyos, asumir y proyectar sus sentimientos, ser protagonistas de su misma historia de salvación.

Pero otras tantas veces nuestra escucha de la Palabra habremos de hacerla en la lectura directa de la vida. Muchísimas serán las ocasiones en las que, al estilo de María, debamos posar nuestra mirada contemplativa –esto es, hecha de amor, de paz y de silencio- sobre las cosas y los acontecimientos. Transportarlo todo al silencioso mundo de nuestra interioridad. Para de nuevo en silencio, meditando todo en el propio corazón. En este poner a trasluz de Dios un problema personal, una situación social, es como escucharnos, no palabras ilusorias, sino ese sutil chasquido que produce la conversión del corazón; el cambio de óptica para mirarlo todo.

Callar no es ya escuchar. Escuchar es abrirse voluntariamente, es secundar en nosotros la obra de Dios que nos cambia y transforma en el silencio.

3/ Cuando el silencio es puro don.

Es como un tercer paso en esta escalada de silencio:

Cuando se llega a un silencio que es gratuidad absoluta. Que no proviene de nuestras artes de recogimiento. Que se da cuando el hombre se ve envuelto en un misterioso movimiento (p.36) de atracción hacia Dios. En "**atención general y amorosa**", según nos explica S Juan de la Cruz.

Entonces todo calla, no solo fuera, en la periferia del orante, sino dentro. Callan las palabras, los recuerdos, los sentimientos, las razones. Callan… y se produce el silencio pleno. Una especie de "**alto - ¿profundo? – silencio**". Dios se aparece concentrado en un punto del corazón, éste le acoge y la voluntad se lo entrega por completo.

Es el "**divino silencio**" que dibujo San Juan de la Cruz en la cima de su Monte. Esta es la oración total a la que alude la fórmula litúrgica cuando dice "**silentium Tibi laus**" el silencio es alabanza para ti.

Isabel de la Trinidad es un testigo calificado de esa oración silenciosa suscitada por la presencia del Señor en nosotros mediante la inhabilitación trinitaria. "**Él escava abismos en mi alma, simas que solo Él puede llenar. Y para ello me introduce en un silencio profundo del que jamás desearía salir**".

No hay técnicas posibles que conduzcan a estas zonas de "**alta silentia**". Entramos en zona de contemplación y la contemplación es pura gratuidad colocada más allá de nuestros forcejeos. Más allá de nuestros pobres méritos humanos. Pero que nadie considere a estos predios como algo semejante a la "Ciudad Prohibida". No, todo cristiano ha sido llamado por el bautismo de gustar de ellos y el otorgar esa "gracia" no ha de quedar por parte de Dios.

4/ Eucaristizar el silencio.

Nuestro empeño.

Comprender que el silencio orante y no tiene por qué ser algo monótono ni monocorde. Antes bien, ha de ser algo tan armonioso, tan lleno de acordes amorosos como cabe esperar de una auténtica sinfonía hecha respuesta de amor.

Este tipo de silencio es al que ahora denominamos eucarístico. Pero no en el sentido de una adoración silenciosa ante el Santísimo Sacramento. Cierto que ante la Presencia silenciosa del "**Dios con nosotros**", puede surgir espontanea la oferta simple, pura, callada de nuestra presencia de adoración. Pero no: en este momento nos interesa más subrayar la dimensión "**eucarística**" de todo silencio oracional.

Efectivamente, este tipo de silencio se puede y debe articular como la Eucaristía, apropiándose los sentimientos mismos de Cristo y de la Iglesia:

…- Hay, ante todo, un silencio que bajo la acción del Espíritu, se concentra en un puro sentimiento de gratitud. Es un prorrumpir en un sentido y simple "**gracias**" como sucede en toda Eucaristía que es justamente eso: acción de gracias.

…- Hay también un silencio de punto de "epiclesis". De necesidad profunda de invocación (p. 37), de anonadamiento y anhelo. En el fondo, estamos necesitados de un solo don, punto de partida de todos

los otros dones: del don del Espíritu Santo. En silencio repetimos la invocación del Apocalipsis: ¡Ven! Y en silencio, es el Espíritu quien llega a orar en nosotros con gemidos inefables, para santificarnos y para santificar la vida de los hombres.
…-. Hay luego un silencio hecho "**amén"**, "**fiat**", "**heme aquí**"... Y equivale a la oferta incondicional de un mismo hecho a Aquel ante el que uno enmudece. Es la actitud, es el silencio de Cristo al hacer su entrada en el mundo, el silencio de María en su Anunciación, la misma que afirmamos los discípulos del Señor en cada Padre nuestro. La oración que no termina en un "**Amén**", no es oración. Le falta la verdadera escucha y la auténtica respuesta. Ante la voluntad de Dios, sobran todas las palabras menos ésta.
…- Y hay por fin un silencio eucarístico de "**intercesión**". De mediación entre Dios y los hombres. Como el que mantenía Moisés con los brazos en alto. O como el de Jesús con sus brazos en cruz. Cuando el hombre se sitúa ante Dios en plan orante, sería incapaz de enumerar las personas y cosas de las que es responsable; por las que he de interceder. El silencio de intercesión las aparca todas. (p.38). Resulta hermosísima la oración que hace la Iglesia de Oriente en Completas, antes de entregarse en brazos del silencio nocturno: "Oremos por los que nos aman y por los que nos odian; por los que conocemos y por aquellos otros a quienes jamás hemos visto". Todo lo que sea de Dios es nuestro y todo puede caber bajo el silencio de una plegaria de intercesión, bajo la universal intercesión de Cristo y de su Espíritu.

5/ Los gestos del silencio.

No todo puede expresarse con palabras.
Pues bien la oración que no cabe en las palabras, puede moderarse en gestos corporales, silenciosos y contemplativos. Nuestros gestos corporales son vía de doble sentido. Son capaces de escuchar acoger interiorizar, pero también de dar respuesta, de servir como cauce de expresión. De ahí que encontremos gestos silenciosos de uno y de otro tipo:
…- Actitud orante, como la que adopta Elías acurrucado sobre el mismo en el Carmelo.
…- Postura serena, distendida, profunda calma. Propia de quien se siente a gusto ante la presencia del Señor.
…- Mirada brillante, llena de amor. Como cuando convergen nuestros ojos en el Cristo clavado en una Cruz o en la imagen de la madre querida.
…- Cualquiera de las sobrias expresiones que adoptan nuestros brazos y manos al querer demostrar acogida, oblación, intercesión, súplica, etc.
…- Gestos de referencia y adoración. Como la postración, genuflexión, inclinación etc.
…- El cálido beso dado al icono o reliquia, etc.
En todos estos gestos, el silencio propio de la oración se encarna, toma cuerpo en nuestro mismo cuerpo. Y hasta hay ocasiones en las que el mismo cuerpo el que se convierte por entero un gesto silencioso, pero tremendamente expresivo. De este modo, ora el obrero aplanado por el cansancio, y el enfermo que yace en su cama, el paralitico clavado en su silla de ruedas
Nos quedan aún otro gesto silencioso por mencionar, ese que va envuelto en cada latido de nuestro corazón cuando a su compás vea desgranado el orante toda una serie de invocaciones o la simple y continuada mención del nombre de Jesús. Es la antiquísima práctica llamada "**oración del corazón**". Tampoco aquí hay que generar generalmente palabras. El nombre de Jesús desciende, sí, de la mente de los labios, pero rápidamente fluya al corazón pidiendo misericordia por el pobre pecador. Más que palabras, existe un gesto, un ritmo en el que latido y respiración se confunden en un silencioso movimiento de oración. (p.39)

6/ El silencio crucificado.

Demos un nuevo paso, quemamos una nueva etapa y topamos con otra variedad de silencio oracional, un silencio que comparte el silencio de la Cruz, un silencio en comunión con la soledad del Cristo orante en su éxodo Pascual. Le llamaremos "**silencio crucificado**".
Este silencio es más propio del desierto o del destierro que de una conversación amistosa con Dios: Casi parece absurdo calificarle de orante. Pero también en este silencio habla Dios. También en este

silencio trata el orante de responder. Por eso lo mencionamos aquí a pesar de que en él todo aparece oscuro, inarticulado, extraño.

Mencionaremos alguna de esas formas de silencio crucificado que con frecuencia se apodera de nuestra oración:

Cierto, ocurre no pocas veces que nuestro acto de orar, bien sea por motivos físicos o psíquicos (cansancio, inestabilidad mental…) o bien por motivos morales y espirituales (infidelidad, pecado, apegos, situaciones de resistencia más o menos consciente de la voluntad de Dios), se hunde en el silencio. Pero no en un silencio fecundo y gozoso, sino árido y penoso. Dios no habla ni deja sentir su presencia. Quedamos vacíos de toda inspiración, quedamos sin sentimientos y afectos. Intentamos entonces descender al pozo de nuestra interioridad recordando sistemas y métodos aprendidos en nuestros mejores tiempos de oración. Pero en vano. En nuestro pozo no hay ni una sola gota de agua.

Es el momento de poder orar, de dirigirnos al Padre con las mismas palabras de Jesús en la Cruz: "¿**Por qué nos has abandonado**?" Pero hay que decírselas. Hay que mantener este sentido de presencia. Aún dentro del vacío. Soportándolo todo en paciente espera y con gesto de pobreza interior.

Otras veces el silencio surge como resultado de la paradójica marejada de sentimientos, afectos, pulsaciones que se levantan en nuestro interior apenas nos disponemos a orar. Sentimientos, imágenes que pueden con nosotros. Nos quedará como único consuelo la actitud de fidelidad al cumplimiento con nuestro "tiempo de oración". Si en medio de ese silencio seguimos formulando el verbo querer - "quiero estar aquí Señor, quiero lo que Tú quieras" - será la señal más clara de que nuestro silencio es oración. Y de que Dios se servirá de todo eso para pasar nuestro espíritu del crisol purificador de la noche oscura. También la oración cristiana tiene que pasar los silencios del Sábado Santo, el día del gran silencio de Dios, cuando todo calla, todo se vuelve espera de un nuevo modo de orar que no sea el resultado de técnicas, ni esfuerzos. Que sea un orar resucitado.

Hay aún un tercer aspecto típico que crucifica nuestro silencio orante. Helo aquí. De ordinario, Dios no habla ni responde en la oración. Sus interpelaciones, (p.40) sus requerimientos, sus consuelos nos llegan fuera del momento de oración. No sigan mediante los signos de los llamados signos de los tiempos. Mediante cada vivencia o acontecimiento. Todos hemos pasado por esta experiencia, la de orar sin escuchar nada. Mientras que palpamos el enriquecimiento divino apenas salimos…a la vida.

También en este caso debemos aceptar que sea así. El silencio de la oración es como un entrenamiento para el encuentro con Dios en el vivir diario. No es diverso del de nuestra oración ese Dios que nos espera en la trama de lo cotidiano. Solo quien esté entrenado en la escucha del silencio oracional, será vigilante y buscador de Dios y experto detector suyo en cualquier reclamo que brote de la vida.

7/ El silencio que fecunda la vida.

Hay un silencio que debemos cultivar fuera de los tiempos privilegiados de la oración y que fecunda toda la existencia. Es el silencio hecho vida, hecho en la vida y desde la vida. Es el silencio de quienes aderezan y salpican su existencia con ese condimento llamado silencio orante.

Tema muy amplio este sobre el que solo vamos a hacer aquí tres sugerencias.

1/ En la oración buscamos ante todo estar con el Señor, para conocer su voluntad y tener el amor suficiente como para correr a cumplirla. Pero Dios espera de nosotros decisiones "**personales**". Esto es, libres, no mediatizadas por nada ni por nadie. Aun cuando vivamos iluminados por la luz de la Iglesia, de una diestra dirección espiritual de un precepto de obediencia, nuestra docilidad última se la debemos únicamente a Dios. Cada una de nuestras opciones de perecerse a pacto personal con Él. Un pacto cuya elaboración requiere del silencio y de la hondura de la oración. Como hacía Jesús con el Padre.

En esta una estupenda situación personal de cada orante. Cada uno hemos sido llamados a la existencia por nuestro propio nombre. Y somos cada uno quienes tenemos que responder: "Aquí estoy Señor". En cada uno de nuestras decisiones Dios espera nuestra respuesta lúcida, libre, convencida. Solo sumergiéndonos, en el silencio tendremos la experiencia de este riesgo fundamental de nuestra libertad. La oración es donde Dios da luz para conocer las verdades,

decía Santa Teresa. Por ello, todas las decisiones de nuestra vida deberían partir de ese remanso de silencio.

Sin este recurso será imposible descender hasta lo hondo de nuestro yo, donde, en definitiva, se cuecen al calor de la gracia divina y de la libertad humana, los grandes desafíos que Dios hace a cada hombre. El "Sí" de María es un modelo perfecto de ese personalismo cristiano hecho de silencio, gracia y libertad.

2/ Hay que ser un explorador y colonizador enamorado de ese sexto continente (p.41) llamado interioridad. Hay que saber vivir "dentro", de un modo que no sea alienación ni escapismo, sino escucha a Dios y disponibilidad hacia su servicio.

Este silencio que acompaña la vida, prolonga la actitud final de la oración: es el silencio de la coherencia y fidelidad a los cumplimientos asumidos. Es el clima en que equilibraremos trabajo y descanso; vida privada, familiar y social; recogimiento interior y apertura a los otros. Todo adobado con la escucha atenta a la voluntad de Dios.

Es el silencio de Jesús que camina decidido hacia el cumplimiento del mandato del Padre. Es el mismo silencio de María que vive dentro de sí, sin dejar de protagonizar acontecimientos que no comprende, pero meditándolo todo en su corazón. Es el silencio de José, aquel de quien no se comunicó ni una sola palabra. Es el silencio fecundo de tantos hombres y mujeres pertenecientes a esa "mayoría silenciosa" que fecunda la Iglesia desde la clausuras de tantos monasterios y desde el ajetreo oculto de tanta gente de pueblo.

3/ Por fin, el silencio para la comunión fraterna. Por extraño que parezca, cada vez somos más conscientes de que la comunión fraterna necesita indispensablemente un nivel de vida silenciosa, como la tierra precisa de un grado de humedad para dar sus frutos.

Urge una ascesis de silencio que nos ayude a acallar juicios y prejuicios - mentales y verbales - acompañada de otros ascesis de la palabra que pase por el filtro de la caridad nuestra forma de hablar de nosotros y con nosotros.

Y no es lo menos importante desarrollar cada día más nuestra capacidad de escuchar a los otros. Esta escucha - subraya Bonhörffer - es una de las más delicadas exigencias de la caridad cristiana y de la vida comunitaria. Quien no escucha al hermano, terminará por una discusión a Dios. Por no tener tiempo para ambos. Y no habrá verdaderos encuentros personales, sino surgen en silencio aprendido en la oración.

Jesús CASTELLANO. (p.42).

Peregrino del silencio.

Silencio.

J BOADA.

Peregrino del silencio.

Jaime BOADA, dominico, con palabra poética y desde la experiencia que comparte a través de sus retiros, nos brinda este puñado de pistas para realizar la peregrinación del silencio.

¡Que poco sabemos de Dios!

Dios es silencio, un inmenso silencio, y al mismo tiempo es Palabra… la Palabra que nos ha dicho en Cristo Jesús.

Dios es luz, es "claridad de presencia", y al mismo tiempo es noche, es oscuridad, es el "Dios escondido".

Dios es bondad, cercanía, amor, misericordia…y también lo reconocemos como inaccesible, lejano, "ausente".

Dios, en todo caso, es para el contemplativo la "única nostalgia".

Dios es amor y misterio.

¡Que poco sabemos de Dios!

El contemplativo ha consagrado su vida a buscar a Dios. Quiere conocerlo, ansia "ver su rostro", percibir su presencia y sus pasos en la vida. Y para ello se entregará a Él, se abandona en sus manos de Padre, está dispuesto a convertirse en "propiedad de Dios". "Haz de mi lo que quieras, cuando tú quieras y como tú quieras, porque te amo, te doy gracias por todo lo que hagas de mí, porque te amo, porque quiero "conocerte" y estoy dispuesto a todo, sí, a todo, a vivir el camino que lleva al "encuentro" hasta las últimas consecuencias, porque te amo".

Para caminar empujando por la sed y la nostalgia, el contemplativo vive en una actitud de vida que se caracteriza por la esperanza, la atención, la soledad, la súplica, la pureza y la sencillez, la simplicidad de vida…y sobre todo el silencio.

Porque el contemplativo es el peregrino del silencio.
Va al "desierto" porque es lugar de silencio
Es un hombre de pocas palabras porque necesita el silencio. (p. 43).
Prefiere mirar, escuchar, "estar atento", esperar.
Es el peregrino del silencio.

¡Que poco sabemos de Dios!

Si no callamos todos nuestros ruidos, no podremos escucharle.
Si no abrimos nuestra vida al amor, no será posible descubrir al Dios amor.
Si seguimos encerrados en la pequeña anécdota de nuestras "cosas" sin abrirnos a la transcendencia de la vida, no seremos capaces de percibir su "mirada" cercana y bondadosa.
Si estamos empeñados en definirlo, en hablar sobre Él, en encerrarlo en los en las pobres paredes de nuestras palabras, no llegaremos a saber quién es Él.
Si nos contentamos con la pequeña satisfacción de nuestros favores, y de nuestras piedades, si ya tenemos bastante con cumplir unos actos de piedad, si ya nos creemos "poseedores" de Dios, estamos cerrando el camino que nos lleva a "saber de Dios".

El contemplativo, si quieres ser fiel a su vocación, ha de convertirse en "peregrino del silencio".
La peregrinación del silencio se convierte para el contemplativo en el "quehacer" constante de su vida.
De hecho, en su misma oración, experimenta un proceso simplificado y confiado. A medida que va avanzando en el camino de la búsqueda de Dios percibe que necesita menos de las palabras para comunicarse con Él. Hasta que su plegaria es solo un largo y continuo amor.

No es fácil expresar en palabras la peregrinación del silencio. Creo que ella resume todo un camino de oración, de búsqueda de Dios, de "hambre y sed" de saber de Él.

"Él no se va primero" (1Jn). Todo empieza en el plan de amor del Padre, en este proyecto de amor que pensó para cada uno de nosotros que es invitación y fuerza que atrae y arrastra.

El contemplativo descubre también que él solo puede entregar con gran amor, "la propia nada", la conciencia de pobreza, la convicción de unos límites propios.

El contemplativo ofrece su "deseo" y su disponibilidad. Presenta la pobreza riqueza del propio barro. (p.44).

Llega con ello al paso previo de la confianza. El contemplativo confía y lanza el corazón al camino del abandono pleno y total al plan de amor del Padre.

Es entonces, cuando entra en la "tierra de Dios". El peregrino de la contemplación empieza a dar los primeros pasos ya en esta nueva tierra. Dios es amor-misterio, presencia-luz-oscuridad. Siente en su corazón la verdad de las palabras de San Agustín: "Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que repose en ti".

¡Que poco sabemos de Dios!

Entrar de lleno en el camino de conocerlo nos exige hacemos peregrinos del camino del silencio.

Empezaremos por descansar nuestros pies ¿Cómo?

Deja a un lado del camino tus miedos, tus temores, tu cobardía. No permitas que resuene demasiado en ti la pregunta paralizante: "¿Que me puede pedir el Señor?"

Olvídate de tu costumbre de calcular riesgos. Esta peregrinación exige una entregarte a fondo perdido, sin límites, sin condiciones y sin reservas de ninguna clase.

Despójate de tu tendencia a querer saber el porqué de todas las cosas. No se te pide que renuncias a pensar, pero sí que te dejes llevar por el amor, que te fíes de Él, que es padre, pero también Dios, misterio de fe. Permítele que llegue a ti, y te guíe como Él quiera, y te lleve como quiera y hacia donde Él quiera.

Renuncia a la comodidad, al consuelo, a "ver siempre claro". Para hacer el camino del silencio te bastan dos cosas: fe y paz de alma. Ciertamente tu fe, por momentos, será dolorosa y oscura, y tu paz ilumina solo el último rincón de tu alma, ya tienes bastante con esto.

Descalzar tus pies te exige además estás dispuesto a no buscar ansiosamente las palabras de comprensión y de aliento de los hermanos. Si el Señor te concede la gracia de tenerlas, vívelas con gozo, pero acepta sentirte "solo en el camino", cuando Él lo permita.

No siempre tendrás la ocasión de tener cerca una mano amiga que te ayude y oriente en el camino. Todo peregrino del silencio ha de aceptar en más de una ocasión la soledad del encuentro "cara cara" en la fe. "Solo Dios basta". Acepta sentirte guiado, cuando Él lo quiera así, con la sola luz del Espíritu Santo. Que en ocasiones brillará como (p.45) el sol, mientras que en otras será más débil que la luz de un candil. Pero confía porque ésta, al menos está, nunca te fallará.

Descalza tus pies y renuncia incluso llevar las precarias sandalias de tu propia humildad y pobreza. Acepta que Él te vaya despejando de todo y que te descalce como "Él quiera". Va renunciando al camino de desear siempre lo fácil, o dejarte llevar por la tendencia que todos tenemos a no complicarnos la vida.

Descálzate también de todo lo que sea tristeza, huye de ella como de la tentación, renuncia a las preocupaciones. No pienses demasiado en ti. Ocúpate y preocúpate de tus hermanos. Si delicado y atento con ellos, procura ser motivos de alegría y esperanza para todos cantos te rodean. No busques la perfección por la perfección, o la santidad por la santidad, no tienen sentido en sí mismo. Solo valen cuando están llenos de amor, cuando son pasos que te conducen a "saber de Dios". Para poder hacer la peregrinación del silencio, te será necesario también prescindir de todas las gratificaciones, incluso de las que tenemos cuando nos damos cuenta de que estamos haciendo oración.

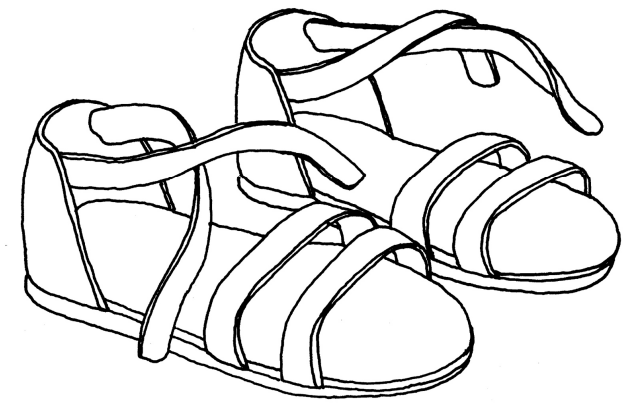
Descalza tus pies de la voluntad de querer ser tú, el protagonista del camino. Es Dios. Él es el camino y el caminante, la senda y el viento que empuja tus pasos. Déjate llevar, déjate que Él obre en ti a su aire,

permite las tormentas, el viento huracanado, o la brisa suave que hace agradable tu peregrinación.

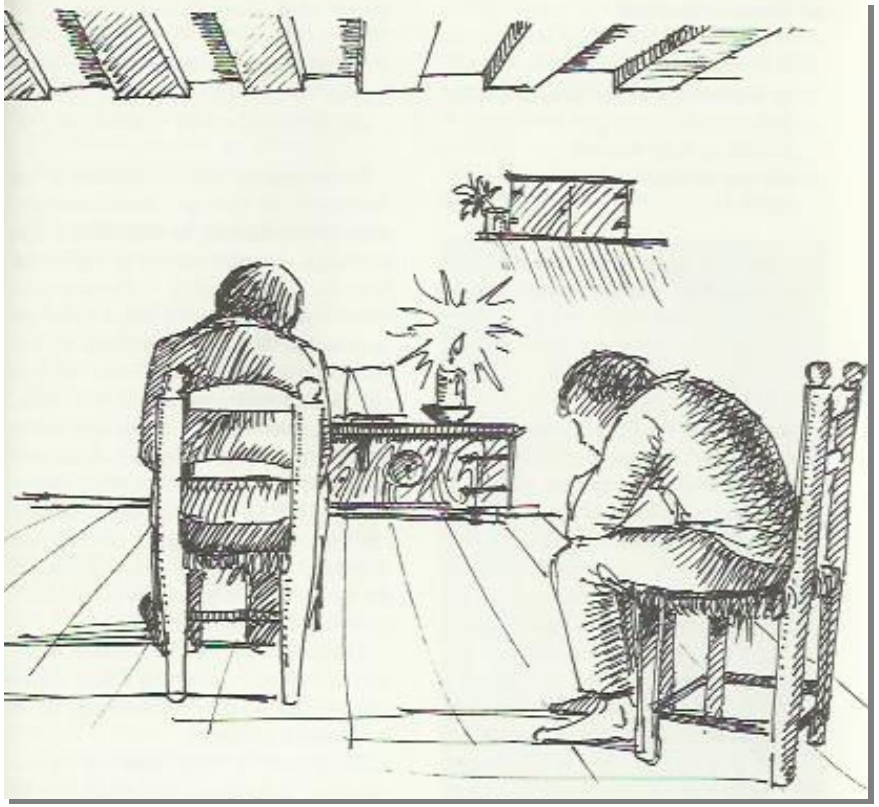
Despréndete de la necesidad de hablar demasiado, despójate de las prisas. Dios tiene su tiempo. Dios quiere que interiorices. La peregrinación del silencio te conducirá a la interioridad de las personas y de las cosas, a tu propia intimidad. Recuerda aquellas palabras de Teresa de Jesús: “Alma buscarme has en ti, y a ti buscarte has en mí”.

No te dejes llevar por la necesidad de sentarte al lado del camino porque estás cansado, o porque crees no poder caminar más. Él es tu fuerza, con Él lo puedes todo. Peregrino del silencio, si deseas “saber de Dios” descalza tus pies. A lo mejor tienes la impresión de que” todo es muy negro”, no lo creas. Cuesta descalzar los pies, pero es condición necesaria preguntar para andar por tierra de Dios. El dejar “tu calzado” te facilitará el camino. Vale la pena recorrerlo.

Jaime **BOADA**. (p.46)..



Paginas para la oración.



El silencio en la Biblia.

Silencio.

G BABINI.

El silencio en la Biblia.

A/ Silencio de Dios:

"A ti grito, Señor, no permanezcas en silencio, Dios mío,
Porque, si tú no hablas, soy como quien es bajado a la fosa" (Sl 28,1).

"Despierta, ¿porque duermes Señor? Despierta, no me rechaces para siempre. Por qué escondes tu rostro y olvidas nuestra miseria y opresión" (Sl 44,25; cfr. 22,3; 35,22; 39,13; 83,2; 109,1).

¡El silencio de Dios! Este aspecto desconcertante recorre toda la Biblia. Envuelve la larga espera de Abraham, si bien interrumpida por las promesas y después por el silencio en el camino hacia el monte Moria para sacrificar a su único hijo. Basta pensar en tantos momentos oscuros en la historia de la salvación, durante la Monarquía, en el exilio, en las pruebas, en las "noches" de tantos personajes de los que ya está entretejida, basta pensar en Job.

Dios guarda silencio, pero su destino se cumple. Su silencio se hace presente en las lamentaciones, en algunos salmos su silencio transforma en grito, en clamor, la voz del hombre bíblico que, sin embargo, se agarra a la fe, porque sabe que al pesar de silencio Dios está:

"La misericordia del Señor no tiene fin…por ello en Él confío" (Lam 3,22-24).

Es lo mismo que le sucede a los discípulos en el lago: Jesús duerme ellos gritan durante la tempestad. Sin embargo, Jesús está allí impondrá silencio a los vientos, "¿Dónde está vuestra fe?", (Lc 8,25). Para creer en la potencia de Jesús los discípulos tienen necesidad de oír su voz: es por ello desconcertante que Dios calle, duerma, mientras sus discípulos están en peligro. No obstante es la experiencia de todo creyente. Cuántos silencios de Dios en nuestra historia, cuántos momentos de silencio de Dios en la vida de cada uno; sin embargo, a través de este misterio la fe se hace gratuita y brilla en las tinieblas.

El silencio de Dios acrecienta la fe: los verdaderos creyentes están siempre metidos en esta experiencia, de la que salen purificados.

El silencio de Dios discierne los corazones: solamente aquellos que lo buscan y están dispuestos a fiarse de Él, gritan, más esperaban que el silencio se rasgue; en cambio el impío dice "Dios no existe" y basta. (p.48).

B/ Silencio del hombre:

Frente al silencio de Dios, incluso el grito del hombre termina por aplicarse y el creyente encuentra, también, el silencio: no solo el silencio de los labios, fruto del temor a decir alguna cosa equivocada inoportuna, sino también el silencio más profundo del corazón.

"Es bueno esperar en silencio la salvación del Señor", (Lam 3,26).

El hombre no puede hacer otra cosa, solamente Dios salva.

"Está en silencio delante de Él y espera en Él, (Si 137,7)

"Estoy en silencio, no abro la boca, porque eres tú el que obras", (Sl 139,10).

Estar en silencio dejando activar a Dios: en estas palabras bíblicas viene expresada una relación muy profunda con Dios y queda iluminado como debe ser el silencio del hombre: este es sin duda capacidad de escucha, pero va más allá y testimonia una vida hecha oración, súplica y enfrenta conjuntamente, respuesta humilde abandonada a la iniciativa de Dios.

Existe ciertamente un silencio negativo: el de la tumba. "¿Quién canta tus alabanzas en las profundidades?" (Sl 16,6; cfr. 30,10); en cambio el verdadero silencio que es una dimensión del hombre bíblico es confiada, espera entrega al Padre.

Es el silencio que expresa "mi confianza en tu presencia operante aunque escondida".

Es el silencio de Moisés que alza sus manos a Díos sobre el monte y su pueblo vence, (Ex 17); es el silencio de Jacob que lucha toda la noche con Dios sin pronunciar palabra y recibe la bendición, (Gn 32), es la oración silenciosa de Ana que pide un hijo (Sam 1,1).

Es callada adhesión a los proyectos de Dios, (p.49).

Es el silencio de José que encontramos en los Evangelios de la infancia, fiel ejecutor de los planes de Dios sin pronunciar jamás una palabra.

La oración cristiana no tiene necesidad de muchas palabras:

> ..Cuando recéis, no seáis, palabreros como los paganos, que se imaginan que por hablar mucho les harán más caso. No seáis como ellos, que vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes que se lo pidáis. (Mt 6,7-8).

Es el silencio de María que "conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón" (Lc 2,19-51), que es escucha y acogida vital del misterio de su maternidad del ministerio de Jesús.

Y silencio es la oración de Jesús. Cuando Jesús se ve obligado a traducirla en palabras, con el fin de enseñarnos a realizarla, nace el Padre Nuestro, en el cual más que indicarnos las palabras concretas, se nos enseña una actitud profunda, la calidad de una relación, aquella que le hacía estar a Él, Jesús, en lugares apartados, en el desierto, en la noche delante del Padre en un silencio, acto de confianza y amor haciendo de ello, una sola cosa. (cfr. Mt 14,23; Mc 1,35; 6,46; Lc 5,16; 9,18; 9,28ss; 11,1; Jn 17,20).

Y el silencio unifica también al hombre: en el silencio nace y crece la fe, y el espíritu discierne los pensamientos y el corazón, consumiendo orgullos, cansancios, desconfianzas, anclándose en lo único necesario, generando misericordia y humildad.

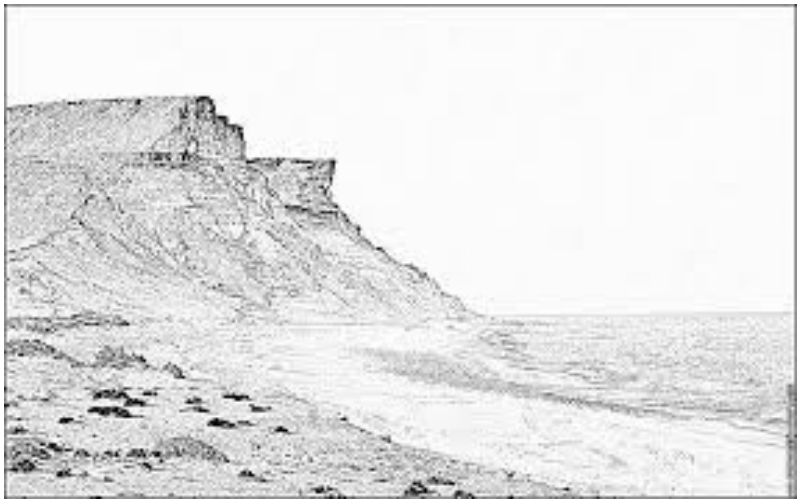
C/ La confianza del hombre traspasa el silencio de Dios:

> "He reprimido y he callado mi alma como niño destetado en brazos de su madre".

Así leemos en el salmo 131. Superada toda inquietud e interrogante personal, el creyente encuentra la auténtica respuesta del Dios de la alianza en el abandono confiado, humilde y silencioso en Dios Padre como niño que se acurruca confiando en los brazos de su madre.

Y cuando se está así empapado de confianza, el silencio del hombre traspasa el silencio de Dios: es la victoria de la fe, es la victoria del amor.

Giuliana BABINI. (p.50).



¿Cómo debemos orar?

Oración.

¿Cómo debemos orar?

Orar como Abraham.

Hasta aquí la meditación del starez era el orden natural y terapéutico los antiguos monjes según el testimonio de Philón de Alejandría, eran efectivamente "terapeutas". Su trabajo antes de conducir a la iluminación era el de curar la Naturaleza, ponerla en las mejores condiciones para recibir la gracia, puesto que la gracia no contradice la naturaleza, sino que la restaura y la conduce a su perfección. Eso era lo que estaba haciendo el anciano con el joven filósofo al enseñarle un método de oración que algunos podrían llamar "puramente natural".

La montaña, la amapola, el océano, el pájaro, son elementos de la naturaleza que recuerdan al hombre que antes de ir más lejos debe recapitular los diferentes niveles del ser, o bien los diferentes reinos que componen el macro cosmos. El reino mineral, el reino vegetal, el reino animal… A menudo el hombre ha perdido contacto con el cosmos, con la roca, con los animales y eso no se da sin provocar en él, muchos tipos de malestar, de enfermedades, de inseguridades, de ansiedades. Se siente "de más", extraño en el mundo.

Meditar es entrar en primer lugar en la meditación y a la alabanza del universo, pues "todas las cosas saben rezar antes que nosotros", dicen los padres. El hombre en el lugar en el que la oración del mundo tomar conciencia de ella misma. El hombre está allí para nombrar lo que balbuceaban todas las criaturas.

Con la meditación de Abraham entramos en una nueva y más alta conciencia a la que llamamos fe, es decir la decisión de la inteligencia y del corazón a este "Tu" que es, que transparenta en el múltiple tu tuteo de todas las criaturas. Tal es la experiencia y la meditación de Abraham: detrás del parpadeo de las estrellas hay algo más que las estrellas, una presencia difícil de nombrar, que nada puede nombrar y que sin embargo tiene todos los nombres…

Es algo más que el universo y que sin embargo, no puede captarse fuera del universo. La diferencia que hay entre Dios y la Naturaleza, es la diferencia que hay entre el azul del cielo y el azul de una mirada… Abraham por encima de todos los azules, estaba buscando esta mirada…

Después de haber tomado emplazamiento, arraigue, la orientación adecuada hacia la luz, la respiración apacible de los océanos, el canto interior, el joven era invitado esta forma a un despertar del corazón. "He que de pronto sois alguien". Lo propio del corazón es, efectivamente, personalizar (p.52) todas las cosas, y en este caso, personalizar el Absoluto, la fuente de todo aquello que es y respira, nombrarla, llamarla "Dios mío, Creador mío" y caminar en su Presencia. *Meditar para Abraham* es mantener bajo las experiencias más diversas el contacto con esta Presencia.

Esta forma de meditación entra en los detalles concretos de la vida cotidiana. El episodio de la encina de Mambré nos muestra a Abraham "sentado a la entrada de la tienda, durante la hora más calurosa del día", y allí acogerá tres extranjeros quiénes se revelarán como enviados de Dios. (p.53). *Meditar como Abraham*, decía el padre Seraphin, "es practicar la hospitalidad, el vaso de agua que das a aquel que tiene sed, no te aleja del silencio, te acerca a la luz". *Meditar como Abraham*, tú lo entiendes, "no despierta en ti la paz y la claridad, sino también el Amor por todos los hombres". Y el padre Seraphín leyó al joven el famoso párrafo del libro del Génesis que trata de la intercesión de Abraham:

"Abraham estaba delante del Señor "Aquel que es - que era - qué será", se acercó y le dijo: "Realmente ¿vas a suprimir el justo con el pecador? Tal vez haya cincuenta justos en la ciudad, ¿les suprimirás realmente y perdonarás a la ciudad por los cincuenta justos que viven en ella?…"

Abraham poco a poco tuvo que reducir el número de los justos para que Sodoma no fuese destruida.

"Que mi Señor no se irrite y hablaré una última vez, tal vez que hayan diez…" (Cf. Gen 18,16). *Meditar como Abraham* es interceder por la vida de los hombres, sin ignorar nada de su podredumbre y sin embargo "no desesperar nunca de la misericordia de Dios".

Éste género de meditación libera el corazón de todo juicio y de toda condenación, en todo tiempo y en todo lugar, cualesquiera que sean los horrores que le sean dados contemplar, él llama al perdón y a la bendición.

Meditar como, Abraham, lleva aún más lejos. A la palabra le costaba salir de la garganta del padre Seraphin, como si él hubiese querido ahorrar al joven una experiencia por la que él mismo tuvo que pasar y que despertaba en su memoria un sutil temblor: eso podía llegar hasta el sacrificio… y le citó el párrafo del Génesis en el cual Abraham se mostró dispuesto a sacrificar a su propio hijo Isaac. “Todo es de Dios”, siguió balbuceando el padre Serafín. “Todo es de Él, para Él y por Él”; *meditar como Abraham* te llevará a este total desprendimiento de ti mismo y de lo más querido que tú tengas… Busca aquello a lo que más apegado estés, aquello con lo que tu identificas tu “yo”…

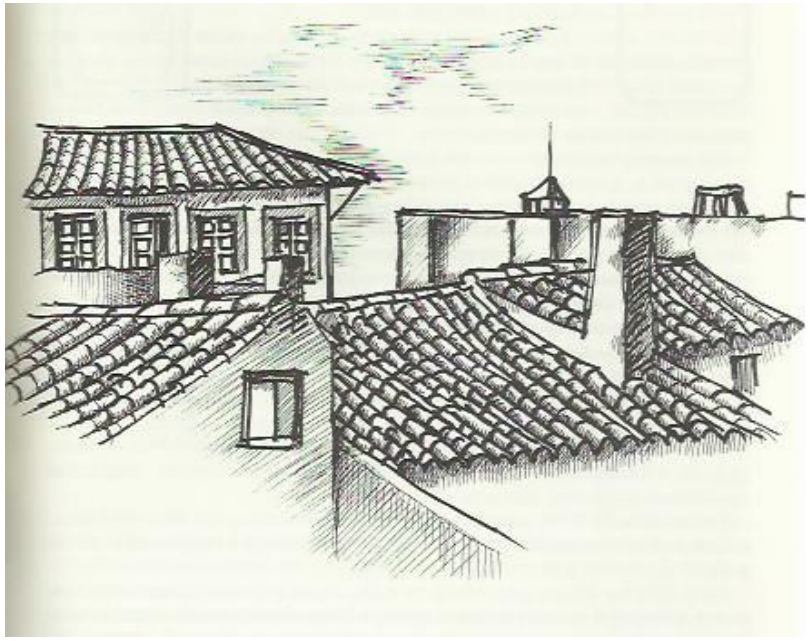
Para Abraham era su hijo, su único. Si tú eres capaz de este don, de este abandono total, de esta infinita confianza en Aquel que trasciende toda razón y todo buen sentido, todo te será devuelto al céntuplo: ”Dios proveerá”.

Meditar como Abraham es no tener en el corazón y la conciencia ninguna otra cosa sino “Él”. Cuando subió a las cima de la montaña Abraham solo pensaba en su hijo cuando bajó solo pensaba en Dios.

Pasar por la cima del sacrificio es descubrir que nada “me” pertenece. Todo pertenece a Dios. Es la muerte del ego y el descubrimiento del “Sí”.

Meditar como Abraham es adherirse por la fe a Aquel que trasciende el Universo, es practicar la hospitalidad, interceder por la salvación de los hombres. Es olvidarse a sí mismo y romper los lazos más legítimos para descubrirse a sí mismo, a nuestro prójimo y a todo el Universo, habitado por la infinita presencia de “Aquel que solo Es” (p. 54).

Noticias



y Comunicación.

En recuerdo de Pino Palanga.

La fraternidad sacerdotal de Italia ha vivido en marzo de este año la separación del que ha sido durante varios años el Responsable Regional de la Fraternidad en Italia. Un paro cardiaco ha puesto un final fulminante a este sacerdote de 49 años el 21 de marzo.

Los que hicimos el mes de Nazaret, en Brovales (Extremadura), el año 1977, lo recordamos en gran humanidad y en su profundidad sincera. Era grande su cordialidad, su facilidad para las relaciones fraternas, su permanente buen humor. Hombre de larga duración, de tomarse en serio los largos y soleados desiertos. Hombre de buena iniciativa pastoral y de gran entrega a la gente.

Era una "vocación tardía". Pasó de su trabajo en el banco, al seminario de Turín, después de ser militante en la Acción Católica italiana.

Aunque en cardinal Pellegrino le insistía en que se incardinar en aquella diócesis, quiso ser fiel a su diócesis siciliana, y a su gente del sur, incardinándose en la diócesis de Otranto.

A través de Beppe y Gigi conoció la Fraternidad en Turín y quedó cogido por los valores específicos de la Fraternidad, a la que se dio con toda su fuerza.

En la Asamblea de Montefiolo, en la que se aprobó el directorio, él fue el encargado de la infraestructura: "el intendente". Conocía diversas lenguas, organizaba rápidamente todo lo que era necesario.

En los años 1977-78, organizó la Fraternidad sacerdotal del Sur en Maglie. En ella se fueron reuniendo los amigos de la Fraternidad que residían en el sur de Italia.

En el año 1981, fue elegido responsable de Italia. Desde entonces su dedicación tanto a la Fraternidad italiana como a la europea fue grande, de manera que fue candidato para ser responsable de la Fraternidad europea.

Estuvo presente en la Asamblea de Argel en la de Santo Domingo. Quienes la vivieron recuerdan su constructiva colaboración, su cordialidad alegre y serena. Tuvo una gran preocupación por los hermanos del Tercer Mundo, y una gran sensibilidad por todos los pobres y los pequeños, descubiertos desde el Evangelio y desde la experiencia espiritual del hermano Carlos. (p.56)

Es un verdadero discípulo de padre y de fútbol del P de Foucauld, como decía su obispo en el funeral, en la pobreza, en la oración, en la obediencia, en la disponibilidad permanente a las tareas del Reino.

. Amigo Pino ¡camina con nosotros!

Capítulo general de las hermanitas del Sagrado Corazón.

La hermanita Matilde de la fraternidad de Malpartida de Plasencia (Cáceres) envía una nota desde Loisy de la Seine, un pueblo cerca de París, donde nos dice que "hemos tenido el Capítulo antes de terminar los cinco años de servicio de Lucil, Nicole y Josette, a causa de la enfermedad de Lucile, nuestra hermana responsable general. Estuvimos 15 hermanitas delegadas representando a la Fraternidad entera, entre ellas venimos de Bolivia, Túnez, Alger, Bomako, Francia y España. La reunión ha durado del 23 de mayo al 11 de junio. Los primeros días fueron para dirigir al Consejo, los restantes días para reflexionar sobre los ejes fundamentales de nuestra vida confrontándolos al momento actual de nuestras fraternidades. El nuevo Consejo está compuesto por Annie (Bolivia) Priora, y dos asistentes, Nicole y Marie Noëlle (Mauritania), además de dos consejeras locales, Soledad (Francia) y Marie Agnés (Argelia). Contamos con vuestra oración para que vivamos en fidelidad nuestro camino nuestro carisma". Un abrazo.

“La Coma”, un barrio de gran ciudad, donde viven Las Hermanitas del Evangelio.

La hermanita Juani, de la fraternidad de las hermanitas del Evangelio de Paterna (Valencia) nos envía una carta que han redactado, después de dos años de presencia en el barrio de la Coma, de la que nosotros entresacamos lo siguiente:

“La mayoría de la población es muy pobre. Pobre de todo: de trabajo, de cultura de valores… Personas desarraigadas, hijos de migrantes de las regiones más pobres de España y que a menudo, no han conocido más que las chabolas y los barrios marginales.

Barrio donde el mínimo vital necesario para la promoción de la persona y de la colectividad (centro social, educadores, lugares de encuentro, locales…) no llega más que a cuentagotas, después de un largo proceso de más de cinco años de (p.57) reuniones, entrevistas y manifestaciones.

Un barrio lleno de jóvenes y niños, la mayor parte de ellos sin saber lo que es una familia sana y unida. La cantidad de mujeres solas que se apañan como pueden para sacar a sus hijos adelante, es impresionante.

“La Coma”, barrio rodeado por urbanizaciones y barrios más lujosos de Valencia, sufre en su seno, especialmente los jóvenes, las desigualdades sociales, con el paro y la droga. Y esto ocurre con nuestros vecinos y amigos. Nosotras hemos elegido participar y colaborar, cada una según nuestras capacidades, en un COMPROMISO POR LA JUSTICIA, aquí, cada día, en la medida de nuestras posibilidades y desde dentro de diferentes grupos: Asociación de Vecinos, Coordinadora de Barrio, Comisión anti-droga, con visitas a la cárcel a cargo de María, donde se encuentran muchos jóvenes del barrio, lo que lleva a tener contactos y visitas con sus familias; Escuelas de adultos, Catequesis de dos grupos de niños para la primera comunión, en un barrio donde la Parroquia como tal no existe… En definitiva, “La Coma”, es un barrio “vivo que invita a vivir”.

Comunicación desde Colombia de la fraternidad Jesús Caritas.

Irma Moreno, de la Fraternidad Jesús Caritas de Colombia, nos da su testimonio:

“Como saben, cada país latinoamericano va sufriendo lo que le corresponde a una situación de injusticia, de mal gobierno, de deseos de enriquecerse o de matarse con tal de adquirir el dios dinero. La situación nuestra es bien compleja. Llegamos o partimos de un principio fatal: “La vida del otro no vale nada. Me estorba y tengo que eliminarlo”. La muerte me llega de los matones a sueldo, de los narcotraficantes, de los guerrilleros, del gobierno, etc... Como no hay justicia, todo el mundo se armó para defenderse y en esta lucha paga el pueblo. Se le quita la vida al pobre, al rico, al que no tiene que ver, de todo esto queda la miseria, y la gente ya no puede con el costo de lo necesario para vivir, los impuestos son muy altos, se va desesperando el pueblo, se llena de nervios ante esta situación. El que tenía dinero ya salió del país, y los que aquí quedamos estamos con la ley del “sálvese quien pueda”.

El robo es impresionante, pero ya es por hambre. ¿Hasta dónde llegaremos? No hasta donde Dios quiera, porque esto no lo quiere. Pero sí hasta donde nuestra oración sea capaz de irrumpir en el corazón de Dios y en el corazón del hombre para que cambie ese corazón de piedra con uno de carne. En nosotros (p.50) ya no cabe el desespero porque sería anticristiano…, cabe la esperanza de un Dios que nos promete la salvación a cambio de una propuesta que los hombres no hemos podido entender, “EL AMOR”, y nos ha parecido mejor gastarle las energías al dios dinero, placer, sexo, poder; nos ha parecido a los que no estamos metidos en las circunstancias anteriores ponernos a gastar las energías en discusiones inútiles sin transcendencia, sin mucha visión de Dios y de su voluntad, a otras cosas… Y aquí estamos los cristianos, llamados por el Señor a construir el Hombre Nuevo”.

Nacimiento de dos nuevas fraternidades Seglares en Venezuela.

Jorge y Carmen nos cuentan cómo ha comenzado la Fraternidad Seglar de Venezuela en noviembre de 1990:
…"Escribir sobre un nacimiento siempre es algo hermoso, interesante, más, cuando ese nacimiento es de algo que tiene que ver con nosotros y nuestras vidas de fe".

A mediados del mes de noviembre se organizaron dos Fraternidades en Venezuela, ambas situadas en el estado de Lara, al centro-occidente del país. Estas dos Fraternidades están, la primera, situado en una zona rural llamada Bojo y la otra en Barquisimeto.

En Bojo, vienen realizando un trabajo los hermanitos del Evangelio desde hace aproximadamente dieciséis años. Esta presencia ha ido permitiendo el crecimiento de una comunidad cristiana cada vez más comprometida con el seguimiento de Jesús en la vida diaria que les toca vivir. Entre los grupos que han ido surgiendo en la comunidad están: grupo de Salud, cooperativa, educación, Renacer Juvenil y Amigos de Jesús. Además Mario Grippo sigue un grupo de parejas jóvenes.

Algunos integrantes del grupo Amigos de Jesús venían manifestando desde hace un año, después de un retiro, su deseo de participar en la Fraternidad Secular. Esto se encauzó con la llegada de Diego y Angela, que se reunieron posteriormente con nosotros en Barquisimeto para compartir las inquietudes mutuas.

El lugar donde vivimos en Barquisimeto se llama Pavia y está situado a 12 km fuera de la ciudad. Es una zona semi rural. Allí como pareja iniciamos la ayuda a unos grupos que existen en la comunidad, generando la amistad entre quiénes ahora participan del grupo para vivir los valores de la Fraternidad y las enseñanzas de Jesús desde la perspectiva del hermano Carlos.

Para ambos grupos, Bojo como Pavía es una alegría y un reto participar (p.59) en esta Fraternidad. Tienen en nosotros unos nuevos hermanos y aquí estamos a su servicio".

Asamblea interfamiliar Estatal.

En la reunión celebrada en Madrid, a finales de junio, por representantes de cada uno de las diversas familias del hermano Carlos, en el Estado español, si tomó el acuerdo de celebrar el 75 aniversario de la muerte del hermano Carlos, con una Asamblea de todas las Familias.

Será en Madrid, durante los días 6 y 7 de diciembre de este año, en la Casa de Ejercicios de la Sagrada Familia, C/. Paseo Conde de los Gaitanes, 45-51, barrio de la Moraleja.

A ella estamos convocados todos los que formamos parte de esta Familia, en su diversas Fraternidades. Anotad la fecha y reservadla para este importante encuentro.

Carta del Consejo General de la Fraternidad Sacerdotal, desde Brasil.

Queridos hermanos, os escribimos desde Sao Paulo. Esta es la etapa final de un viaje por Chile, Paraguay, Argentina y Brasil, donde hemos estado visitando fraternidades. Conocer hermanos de distintas edades y diferentes ambientes pastorales es verdaderamente una experiencia interesante. También es descubrir la iglesia en su vigor y debilidad, con los desafíos que tiene que afrontar en esta parte del mundo. Éstas son las cosas que queremos compartir con vosotros.

Todos estos países son diferentes. Pero por el momento, están recorriendo el mismo difícil camino, en el que esperaban renovar la democracia y el respeto de los derechos y la dignidad de todos los ciudadanos. Los años de la dictadura no perjudican solo a los perseguidos, torturados, exiliados y empobrecidos, sino también aquellos ambiciosos que cayeron en las vías de imponer su voluntad,

de ser ambiciosos, de dañar un compromiso con una cultura ajena. De hecho, las presunciones sociales y económicas de los años de la represión estuvieron fuera del espíritu de esta gente.

Los resultados de todo esto son serios hábitos autoritarios, heridas, resentimientos, familias divididas y una crisis moral. ¿Cuánto les llevará a los hombres y mujeres de una nación dividida reconciliarse? ¿Y cómo te puedes reconciliar a menos (p.60) que al mismo tiempo haya un empuje concertado en la dirección de la justicia, verdad y libertad? Los perseguidores de ayer están atemorizados de que sus víctimas cambien los papeles y tomen venganza. En Argentina acaba de ser promulgada una ley garantizando la amnistía a todos aquellos que estuvieron implicados en la represión. El resultado ha sido masivas protestas e incluso más división en una ya dividida sociedad.

Así que nos hemos estado preguntando: ¿cuál es la obligación de los cristianos en estas circunstancias? y ¿qué pueden hacer los sacerdotes de la Fraternidad?

En Santiago tomamos parte en una reunión celebrada por una comunidad cristiana a la que han puesto el nombre de arzobispo Oscar ROMERO. La pequeña capilla era muy sencilla y decorada con póster. Mariano, un sacerdote de la Fraternidad, comenzó la celebración con su acordeón. Nos dio un tema para la celebración: ¿Qué podemos hacer concretamente sobre la guerra del Golfo? Nos repartimos en grupo para dialogar acerca de cómo llamar mejor a la puerta de Dios... y de los hombres. Fue interesante que nadie preguntara "¿Es solo una guerra?". Lo que estaba claro era esto: estaba en peligro la vida de esta gente, gente joven, gente pobre, en Irak y en las fuerzas aliadas. Las personas que estaban en la capilla ya lo habían sufrido, no querían que otros sufrieran. Decidieron organizar una marcha de protesta a la embajada norte americana, y celebrar una reunión con el arzobispo de Santiago, trayendo a todas las comunidades de la ciudad para suplicar a Dios la paz.

Cuando oímos la palabra de Dios, nos dimos cuenta de cómo da esperanza y vida a la gente pobre. Su gran miedo es que nada les escuche. El ofertorio fue por un miembro de la comunidad que había perdido dos dedos en su trabajo. Cada cual algo de dinero sobre el altar como muestra de solidaridad. Todo esto nos hizo pensar en cómo celebramos nosotros la liturgia. ¡Como unimos las vidas de los hombres en el misterio de Cristo.

En Argentina pasamos unos pocos días en el Mes de Nazaret con once sacerdotes, la mayoría de ellos jóvenes, de cuatro a ocho años de ordenados. El estar con ellos nos dio esperanza para la Fraternidad. ¿Puede esta propuesta prosperar en estos países y ser un servicio para los muchos sacerdotes que están esparcidos por todo este vasto continente? Hoy están en la búsqueda del mejor camino para abrir una nueva evangelización.

Conocimos a Raúl en el Mes de Nazaret. Raúl es un cura que fue prisionero de los militares durante cinco años y medio. Al principio fue cruelmente torturado y sentenciado a ocho años por "no servir a la gente como ellos esperaban". Que conmovedor es oír de primera mano la historia de un hermano sacerdote como él. No solo sufrió esta caprichosa condena, sino también una total falta de comprensión por parte de algunos obispos. ¿Podéis imaginar lo que es celebrar una reunión secretamente, por la noche, y dale comunión (p.61) a vuestros compañeros de prisión, algunos de los cuales están sentenciados a ser ejecutados en los próximos días qué magnífico es encontrar un hombre quien el amor de Dios y de la Iglesia no ha sido destruido, sino purificado y hecho más sólido, porque es un hombre con un corazón humilde. Nos hace darnos cuenta de lo lejos que estamos de ser verdaderos seguidores de Jesús.

Aquí en San Paulo, hay una asamblea de Fraternidades brasileñas. Estamos impresionados por la mezcla de nacionalidades: Alemanes, flamencos, italianos, todos integrados en el magnífico proyecto desarrollar Brasil. Tenemos jóvenes seminaristas, así como el obispo de Caxias. Un buen número de gente queda soportando el calor del día. Estamos encantados de encontrar a Günther otra vez y descubrir su experiencia. Es bueno verle feliz y relajado en su trabajo de seminario, en Campo Grande y saber por los estudiantes lo mucho que le aprecian.

Las distancias en este continente parecen infinitas: 20 a 36 horas en un autobús es algo normal. El número de gente es inmenso, también los problemas sociales y económicos están aplastando y ahogando. ¿Qué podemos hacer? La tentación es prescribir drásticos remedios que obtendrían cosas mediante la manipulación de la gente. Los políticos son elegidos para hacer esto y raramente tienen éxito.

Nosotros no somos políticos y no tenemos soluciones instantáneas. Pero estamos cada vez más convencidos del calor del significado que la Fraternidad nos da. Adoración y contemplación: así podemos ver el mundo a través de los ojos de Dios. Acompañando sin límites al sencillo y al pobre. Regular revisión de nuestras vidas sometiéndolos al escrutinio de Dios a través del consejo de amor de nuestros hermanos. Y esperanza constante para:

> "El pueblo que caminaba en tinieblas
> vio una luz inmensa,
> habitaban tierra de sombras
> y una luz les brilló". (Is. 9,11).

Amigos de las diversas Fraternidades de España y América:
Enviad vuestras noticias, acompañadas de fotos, a:

José Luis Vázquez Borau
Paseo Fabra y Puig, 474, 2-3. Tlfno. 93/427 46 16 – 08031 BARCELONA

(p.62).

Corresponsales del Boletín en América

Luis M. González González
Casilla 254 – Arzobispado
Guayaquil –Ecuador–

Jose Pineau
Librería S. Pablo, c. 21
3001 Barquisemeto Lara –Venezuela–

Gloria Aguerrebberry
Jose L. Terra, 2341
11800 Montevideo –Uruguay–

Wolfgang Klock
Parroquia Alemana. Aptdo. 18
0445 Lima –Perú–

Antonio Sicilia Velasco
Parroquia de San Pedro
01061 Chuarrancho –Guatemala–

Hernán Gárate Mori
Ibieta 0212 Rancagua
–Chile– (VI Región)

Angela-Diego Tobon
Aptdo. Aéreo. 80825. Envigado (Antioquía)
Medellín –Colombia–

Edson Damián
Avda. Brasil, 334. Barrio Simoes López
96030 Pelotas R.S. –Brasil–

Omar Horacio Lorente
La Reforma 85. 5147 Arguello
Córdoba –Argentina

P. Thomas Mc Cormick
6690 East 72 nd Avenue/Commerce City, Colorado 80022
UNITED STATES OF AMERICA

Eduardo Bravo
Castañeda, 17-B, Mixcoac, D.F.J.
03910 MEXICO DF.

Los suscriptores de estos países pueden dirigirse a ellos para cualquier anomalía que tengan en la recepción de nuestro Boletín.

A todos los corresponsales les agradecemos mucho la ayuda que ya nos están prestando.

63

Deseo recibir el BOLETIN IESUS CÁRITAS que publica la Asociación C. Familias Carlos de Foucauld, desde el nº.....

Efectuaré el pago de la suscripción mediante:

* Domiciliación bancaria: Banco.....

Dirección .....

* Transferencia a Boletín Iesus Cáritas, Caja de Ahorros del Mediterráneo; Cta. 0274-400 196-09. Oficina S. Ginés. Murcia.

* Cheque a "Boletín Iesus Cáritas".

* Giro Postal a "Boletín Iesus Cáritas". Avda. de la Paz, Esc. 15, 2-4. 30120 EL PALMAR (MURCIA)

NOMBRE..... APELLIDOS .....

DIRECCION..... CODIGO POSTAL .....

POBLACION..... PROVINCIA..... NACION.....

Profesión ..... Teléfono.....

Fecha y firma

IESUS CÁRITAS
Boletín bimestral
Asociación C.
Familias Carlos de Foucauld

DIRECCION:
José Sánchez Ramos
C/. Malvarrosa, 10 - Telf. 968/84 28 58
30120 EL PALMAR (MURCIA) ESPAÑA

COLABORADORES:
Antonio López Baeza,
Antonio Rodríguez Carmona,
Ión Etxezarreta Zubizarreta,
Manolo Pozo Oller,
María del Monte.

MAQUETACION:
Carmen Abellán, Ventura María y
Joaquín Robles.

ADMINISTRACION Y DISTRIBUCION:
Juan J. Cánovas Nicolás
Avda. de la Paz, Esc. 15, 2-4
Telf. 968/84 40 64
30120 EL PALMAR (MURCIA) ESPAÑA

RELACION CON DELEGADOS-CORRESPONSALES:
Pedro Méndez Pérez
C/. Huerta de Murcia 13, B
Edificio Murcia. Telf. 968/50 51 08
30203 CARTAGENA (MURCIA) ESPAÑA

IMPRIME:
Artes Gráficas Novograf, S.A.
C/. Gloria, s/n.
30006 PUENTE TOCINOS (MURCIA)

COLABORACION ANUAL PARA ESPAÑA:
Ordinaria: 1.500 Ptas. - De ayuda: 2.000 Ptas.
Número suelto: 250 Ptas.
COLABORACION ANUAL PARA OTROS PAISES:
Ordinaria: 22 dólares.

***La alegría de encontrarnos a través del Boletín no debe quedar condicionada por el problema económico. Por lo tanto, si tienes dificultades para abonar la colaboración indicada, colabora solamente con lo que te sea posible.

DEPOSITO LEGAL: MU-52-1990

UN LIBRO, UN AMIGO

LA OTRA LECTURA
DE LOS EVANGELIOS (I Y II)
Jesús Peláez
Ediciones: EL ALMENDRO

La *Otra Lectura de los Evangelios* es una modesta llamada de atención, una invitación a la reflexión seria del Evangelio, a volver a los orígenes teniendo en cuenta toda la riqueza que la tradición cristiana ha aportado a lo largo de los siglos a la historia del cristianismo.

El autor de estos libros, desde su calidad de filólogo, se enfrenta con unos textos y trata de arrebatarles su significado "utilizando los medios que la filología moderna pone a su alcance, y como exégeta y teólogo trata de conocer el sentido de las palabras y relatos evangélicos escritos hace veinte siglos" y que muchas veces no resultan fáciles de entender.

Consciente de que el mensaje de Jesús ha sido manipulado con frecuencia tanto en las cátedras como en los púlpitos, y por supuesto por la religiosidad popular, despojándolo de toda garra y valor liberador y subversivo, Jesús Peláez no se contenta con explicar el sentido de los textos evangélicos, sino que actualiza su mensaje para mejor entender su fuerza originaria.

En su declaración de intenciones el autor afirma: "Quitando el aguijón al Evangelio todos hemos salido perjudicados: la Iglesia, que se ha convertido en un inmenso cajón de sastre donde todos caben; los jerarcas, que han llegado a tener el espejismo de creer –pienso que ya no– que todos eran cristianos, siendo así que a la hora de la verdad el número de cristianos es muy reducido; los no creyentes, que minusvaloran el Evangelio, al no verlo hecho carne en los cristianos y al no poder contemplar el rostro de Jesús en su Iglesia. Y, sobre todo, el pueblo sencillo, que quiere ver en el Evangelio un grito de amor, de esperanza y de liberación".

Jesús Peláez presenta su estudio en dos tomos en los que aparecen diversos: de temas, de comentarios y citas bíblicas. El primer tomo integra hasta un total de 60 comentarios sobre perícopas del Evangelio de Mateo y Marcos (Ciclos A y B de la Liturgia Dominical) y el segundo tomo abarca 61 comentarios a los Evangelios de Lucas, de domingos y fiestas del Ciclo "C" de la Liturgia.

En definitiva, dos libros que nos abren a la esperanza y fortalecen nuestra fe en la fuerza transformadora del Evangelio, Buena Noticia para aquellos que han hecho su opción por los pobres y sueñan con un mundo más fraterno en el que no existan ni opresores ni oprimidos.